



LA CUENTA DE LA MODISTA

Ayuntamiento de Madris

Dib. NUNES. — Portugal.

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,
CON PROPIEDADES MARA-
VILLOSAMENTE CURATIVAS
Y RECONSTITUYENTES

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1. — MADRID

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Para tomar parte en este concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, **nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

En Rusia.

Un padre examina las calificaciones obtenidas por su hijo en la escuela:

— Aritmética, regular; Geografía, mediano; Literatura, mal... Hijo mío — exclama el padre —, ¿no tienes bienes?

— Padre, por Dios, ¿cómo voy a tenerlos, si no nos deja Lenin?

FRANCISCO FUENTES. — Bilbao.

Juana la Loca (una buena señora apodada así en gracia a las excentricidades de su histerismo) y Paca la Rábanos (apodo que es toda una égloga), se encuentran en la calle. La primera, vista de lejos, parece que lleva lentes ahumados; pero no; una vez cerca, convéncese el curioso observador de que lo que le parecieren lentes ahumados son, en la realidad, los efectos de dos mayestáticos mamporros que le arrimó el Yescas, un ejemplar de la raza masculina muy aficionado a las pláticas familiares.

¿Quieren ustedes oír algo de lo que hablan?

PACA. — Pero oye, tú, ¿es que montas en bicicleta, o que te pintas ojeras, como las niñas bien?

JUANA. — Ni lo uno ni lo otro. ¡Qué quies, debelidades!

PACA. — Pues, hija, me pareció lo contrario; porque eso, amos, Battlin Siki y algún que otro convaleciente más, son los únicos capaces de hacerlo... Y hasta aquí podías llegar... ¿Qué, mimitos del Yescas, verdad?

JUANA (muy chula). — La fetén.

PACA (para sí). — Tafetán hubiera dicho yo.

JUANA. — Chica, le quiero, no sé cómo le quiero; pero le quiero..., aun a pesar de los mimitos que has podido apreciar.

PACA. — Y ¿qué tiene ese tío para haberte colao así?

JUANA. — Gracia; una gracia por toneladas; y después, tiene ca golpe que aturde.

PACA. — Eso está a la vista. Tú estás ciega.

JUANA. — Mujer, que no es pa tanto; me molesta un poco, pero veo.

PACA. — Sí, las estrellas.

HÉCTOR SÁNCHEZ (GOAL). — Barcelona.

Pelotari y fabricante de las chispeantes piedras de mechero.

En un tupi.

Dos amigos discuten acerca del metal con que están fabricadas las cucharillas de café; para averiguarlo llaman al camarero y le preguntan:

— Oiga: estas cucharillas, ¿son de estaño?

— ¡Quia! Son del año pasado.

J. MEDINA.

— ¿Por qué las mujeres en Canarias no pueden ser feas?

— Porque una canaria no puede ser un loro.

CHISPAS.

En la consulta.
 — Pues verá usted, doctor. Yo siento unos dolores terribles en distintas partes del cuerpo. Lo mismo me dan en el vientre, que en el costado, que en la espalda.
 — Vamos a ver el corazón. Cuente usted.
 — ¿Qué quiere usted que le cuente?
 — Digo que cuente una, dos, tres...
 — ¡Ah! Pues una, dos, tres, cuatro, cinco...
 — Basta. Vamos a ver: ¿dónde le dió a usted el primer dolor?
 — En la plaza de las Descalzas.

JULIO SANZ. — Madrid.

— Por fin ese pobre Luis ha salido de apuros.
 — ¿Cómo?
 — Se ha casado con una millonaria.
 — ¡Cuántas mentiras le habrá dicho para conquistarla!
 — Ninguna. Le ha dicho la pura verdad: que no podía vivir sin ella.

CONDE CASAS. — Madrid.

— ¿Qué pone más nervioso: el té, o el café?
 — El te...-léfono, cuando no contesta la Central.

LUIS COBOS. — Bilbao.

— ¿A que no sabe usted, amigo, dónde se consume más sal?
 — No sé.
 — Pues en los banquetes.
 — ¿Por qué?
 — Porque asisten muchos comen-sales

DON PAQUITO. — Madrid.

En un escritorio.
 EL JEFE DEL PERSONAL (a un dependiente). — Gutiérrez, aquí tienes estos documentos para despacharlos en Hacienda.
 GUTIÉRREZ. — ¡Pues ya tengo hacienda para ra'lo.

E. SÁNCHEZ GARCÍA. — Albacete.

El premio del número anterior ha correspondido a **Pin, de Torrelavega**.

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

12. — Libro del seminarista.

CORTE

Yo, el panadero de la calle del Tribulete, digo a todos cuantos vieren, leyeren y entendieren, que les cedo mi pan, a pagar cuando puedan y quieran.

S. O.

14. — Libro de Jorge.

Al necio de *tres-dos-prim*a,
 su esposa, que es *prima-tres*,
 se sube en un taburete
 para besarle la tez;
 le limpia la *prima-prim*a
 y se *dos-tres* de placer...
 Luego juegan con la *todo*,
 y se calientan después
 quemando *tercia-segunda*,
 que es leña que arde muy bien.

16. — Libro de Azorín.

A P O L O

**MIGUELTURRA
 SABIÑAÑIGO
 TRAGACETE
 MAZARAMBROZ**

13. — Novela de Alarcón.

Mi perro favorito se llama **EL**

500

EN EL MAR

15. — Novela de Felipe Trigo.

NO MUESTRAS CONFUSION

17. — Novela de Francisco Acebal.

SEÑAL DE UN PIE EN LA ARENA

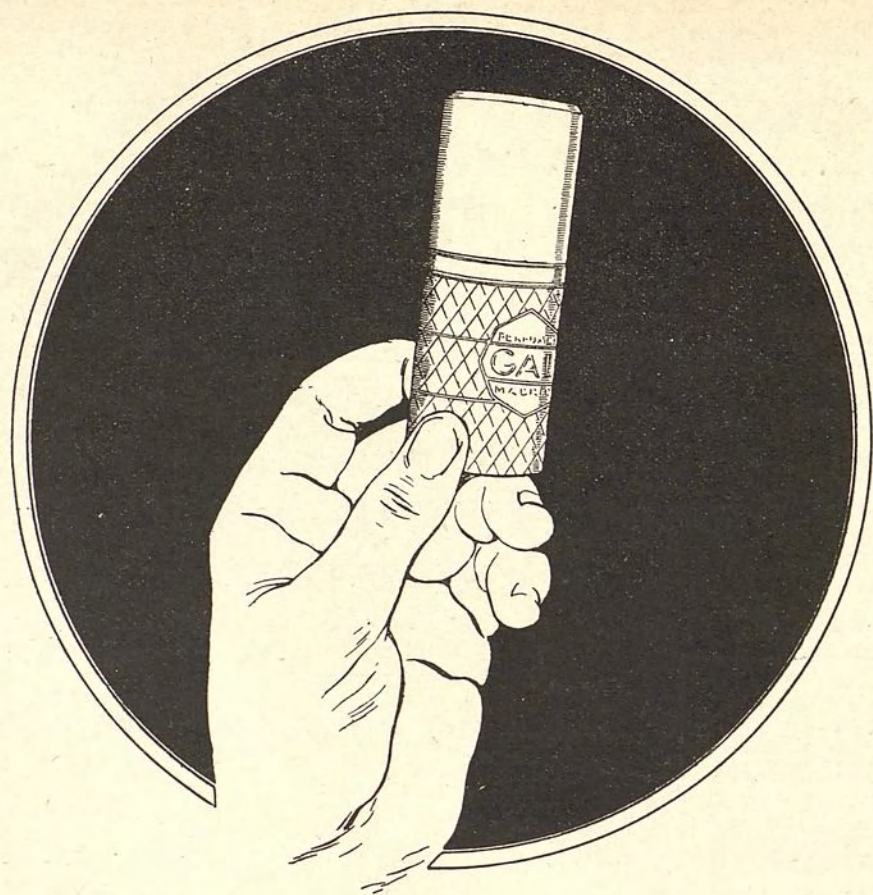
500ORIENTE

ESPÍRITU ESPÍRITU ESPÍRITU

CUPÓN
 correspondiente al número 64
 de
BUEN HUMOR
 que deberá acompañar a todo
 trabajo que se nos remita para
 el Concurso permanente de
 chistes o como colaboración
 espontánea.

CUPÓN NÚM. 3
 que deberá acompañar a toda
 solución que se nos remita con
 destino a nuestro CONCURSO
 DE PASATIEMPOS del
 mes de febrero.

Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 62.



Jabónese bien y se afeitará bien.

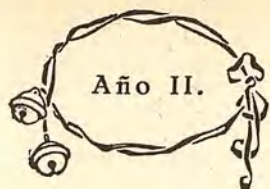
EL JABÓN GAL

para la barba

forma en el acto espuma abundantísima que no se seca en la cara. Suaviza la piel y ablanda en un minuto la barba más dura, facilitando el paso suave de la hoja.

Por ser neutro no irrita la epidermis.

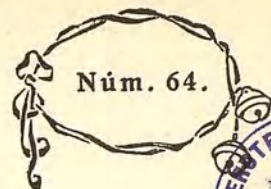
BARRA 1.50 EN TODA ESPAÑA



BUEN HUMOR

SEMANARIO SATIRICO

Madrid, 18 de febrero de 1923.



¡... PORQUE NO PIENSA VENIR!



QUELLA mañana, como siempre desde los tres días que llevaban de navegación, la primera operación que Antonio Gáimez realizó, una vez aseado y vestido, fué subir a pasear por la

cubierta. Y no era que Gáimez fuese un soñador, un contemplativo, que gustase de dejar vagar su vista sobre la azul superficie del mar, cuya calma rasgaba el navío dejando tras sí una estela espumosa; nada más lejos de su ánimo que la poesía y el sentimentalismo. Antonio Gáimez no era de esos seres que, al pasear por el Retiro, se han quedado abortos ante la belleza de una flor o frente a dos pajarillos que se arrullaban, no; él, al ver la rosa, sólo pensaba en la multa que le iba a poner el guarda si la cortaba, y al mirar a los pajarillos, sólo era para lamentarse del bando de la Alcaldía prohibiendo que se vendiesen fritos.

Por eso, al subir a cubierta obedecía a dos razones materialísimas y profundamente egoístas. Una, que había notado que la brisa marina le abría de par en par el apetito, y otra, que tenía la seguridad de que quince minutos después — a las diez y treinta y cinco, ni un minuto más ni uno menos — Claudina Díaz empezaría a aporrear inclemente el Pleyel del salón de tertulia. ¡Y eso era ya superior a sus fuerzas!

Hagamos historia, lector, ya que no tenemos ocupación más perentoria.

A la par que Antonio Gáimez embarcaba en Barcelona con rumbo al Nuevo Mundo, se aposentaba en el transatlántico toda la familia Díaz: el padre, la madre, las tres hijas, las dos doncellas, el loro, el *lulú* y el canario... ¡Una *ménagerie* completa!

Las tres hijas — Andrea, Bernarda y Claudia — le habían sido presentadas a Gáimez, en una fiesta benéfica en el Palace, como el prototipo de la cursilería. Hijas de un acaudalado estanciero americano, residían accidentalmente en Bar-

celona, donde se dedicaban al noble *sport* de la caza del marido a lazo; pero, a pesar de su crecida dote, era tanta la fealdad y tan empalagoso el romanticismo de las hermanas A. B. C. — como las llamaban los pollos *bien* —, que ninguno se atrevía a cargar con ellas.

Regresaban, descorazonadas, a su patria, cuando la mayor, Andrea, divisó a Antonio apoyado en la barandilla del navío; y como obedeciendo a una consigna, las tres hermanas corrieron a su encuentro y le saludaron efusivamente.

Quedóse Gáimez sorprendido, y aprovechando su estupor, las hermanas A. B. C. le presentaron a sus padres; y durante tres días se vió obsequiado, halagado, casi molestado, por las tres hermanas, que rivalizaban en atenderle.

Pero la más inaguantable de todas era Claudina. La infeliz criatura tenía

veinticuatro años, unas ganas enormes de novio... y una cara que parecía ideada por un pintor futurista en un momento de fiebre. Además, se hacía la sentimental en mayor grado que sus tres hermanas, y desde la mañana a la noche se pasaba las horas acompañándose al piano serenatas, trovas y romanzas sentimentales.

Obligado a resistirla por educación, Antonio se había tragado en setenta y dos horas todas las composiciones sentimentales antiguas y modernas; su cerebro estaba ya a dos dedos meñiques de la locura, y por la noche, en sus pesadillas, sólo veía a las piezas de música avanzar hacia su lecho, al *Torna a Sorrento* tirarle de los pies o martillarle el cerebro el *Vorrei morire*.

Pero entre todas las romanzas había una por la que Claudina sentía especial predilección: se trataba de una que canta la tiple en *El anillo de hierro* y que tiene como *ritornello* la frase: «¡Ay, Rodolfo, ven, por Dios!» Claudina la cantaba con especial deleitación cinco, seis, siete veces cada día, complaciéndose en la queja patética de la infeliz enamorada a quien ha abandonado el objeto de sus ansias amorosas.

Aquella mañana, cuando Antonio apenas había empezado a saborear la brisa a pleno pulmón, los ecos del piano llegaron hasta él tenuemente.

— ¡Ea, ya está ahí ese loro! — pensó.

¡Sí; Claudina tocaba..., y los primeros compases de *El anillo de hierro* martillaron en los oídos de Gáimez. Loco, frenético, cubrióse con las manos los pabellones auditivos y empezó a pasear por la cubierta. Una mano, posándose en su hombro, le detuvo; al volverse, vió frente a sí a Bernarda, que le sonreía con una mueca horrible de carátula, que ella creía ser la perfecta expresión de la ingenua simpatía:

— Dice Claudina que si no quiere ir a oírlo. ¡Va a tocar *El anillo de hierro*!

Si no le sujeta un marinero, Antonio Gáimez se tira al agua de cabeza.



Dib. SILENO. — Madrid.

Pasaron los días; las hermanas A. B. C. prosiguieron su asedio, y Claudina, pegada todo el día al piano, había enloquecido con su «¡Ay, Rodolfo, ven, por Dios!», no sólo a Antonio, sino a todo el pasaje.

El barco hizo una escala de breves horas para reponer su cargamento de carbón y algunos pasajeros dispusieron a saltar a tierra. Antonio Gáimez se apresuró a aprovechar gozoso aquellos instantes en que se vería libre de la tabarra musical de Claudina; pero, al pasar ante la puerta del salón, la filarmónica muchacha le detuvo:

—¿Va usted a visitar la población, Antonio? Yo prefiero quedarme con mi música...

La saludó correcto, y cuatro horas después, de regreso ya y a punto el barco de levar áncoras, volvió a entrevistar-se con ella junto al piano.

—¿Qué tal es la ciudad? — preguntó Claudina.

—¡Psch! No vale gran cosa... — respondió Gáimez.

— Pero ¿no tiene nada de particular?

— Nada.

—¿Ni ha visto usted a nadie conocido?...

A punto estuvo de responder que no; pero tuvo una inspiración de momento, una idea salvadora, y repuso:

—Sí. He visto a Rodolfo, y me ha encargado que le diga que no se moleste usted en llamarle..., ¡porque no piensa venir!

SERAFÍN ADAME MARTÍNEZ

EL ALMA DE LA CASA

(Notas del hijo menor de la familia.)

El timbre de casa se ha puesto de acuerdo con el reloj para dar cada chasco que tumba de risa. Todos en casa saben a qué persona, según la hora, corresponde cada timbrazo; y así, durante el día van presentándose el panadero, la trapera, el lechero... Todavía la mañana se pasa bien. Pero lo chusco es por la tarde... El reloj le guiña toda la cara redondota al timbre, y el timbre se estremece de gusto y rompe a sonar. Mi familia se sobresalta.

—¿Quién será a estas horas?

La pregunta pasa de los ojos ahuevados de mamá a los labios en circunflejo de Rosa y salta por los lunares postizos de Amalia... Mamá sale corriendo a su alcoba. La criada va a abrir...

—¡Aguardel! — suspiran agonizando mis hermanas —. ¡A ver si es visital Diga que hemos salido.

Silencio terrible. Allá en el pasillo dialogan dos voces. Mamá rezonga desabrochándose botones y automáticos. Rosa asoma la nariz por la puerta de su gabinete. Amalia avanza de puntillas...

La criada vuelve al fin y se mete en la cocina:

—¡¡Era uno que s'ha quivocao de pisoll!

Mamá suelta un bufido. El reloj se aprieta las manecillas para no estallar de risa, y el timbre se retuerce de gusto, como si le cosquillease el flúido...

En mi alcoba me suceden cosas muy raras. Primera: si no apagan la luz, no me importa estar solo. Segunda: si me acuesto boca arriba, duermo a las mil maravillas; pero de lado me estorban horriblemente los brazos.

Los brazos debían colgarse, como la americana y los pantalones.

En el comedor nos vemos toda la familia juntos, y se discute. Es una habitación inventada para demostrar lo difícil que es estar de acuerdo varias personas en cualquier cosa. Por mi parte, me fastidia sobremanera tomar todas las mañanas el mismo tazón de café con su bollo y su caracolito de manteca. Papá lee, mientras toma el mismo desayuno, el mismo diario. Yo lanzo una miradita a escondidas. En el comedor todo es lo mismo siempre: la crónica del diario, el cocido de todos los mediodías, el chismorreó... Policarpa rompe siempre un plato. Mi hermano mayor viene siempre retrasado. Y cuando todos se van, quedan las sillas alrededor de la mesa, como si estuvieran sentadas, en visita desesperantemente inacabable y no se acabaran de ir.

Quando suena el almirez de la cocina me pongo contento de repente...

Me gusta más mirar detrás de los cristales del balcón que desde el balcón abierto.

El dormitorio de papá y mamá me impone respeto no sé por qué... Está lleno a todas horas de un silencio de capilla. Allí es donde, sin que nadie lo vea, ellos desembalan el cajón de París donde hemos venido todos los hermanos.

Mi mamá habla muy mal de los dormitorios de algunas amigas de casa, y se disgusta y echa sapos por la boca, ella, que es una malva, y lo único que le aflige es ver que alguien lleve más sortijas que ella. Papá, en esto de las alcobas de los demás, tiene otro genio, y no se alborota. Muchas veces repite estas palabras, según él, de un tal Benavente: «En política, las alcobas han sido siempre habitación de paso para los gabinetes.» El sabrá lo que quiere decir.

Las casas elegantes de ahora tienen dos cosas que no tenían las de antes y que me producen gran admiración. El ascensor, que no funciona nunca, y el baño, donde suelen bañarse unas primas nuestras que no lo tienen en su casa...

E. RAMÍREZ ÁNGEL



Dib. ARTETA. — Madria.

EL INGLÉS (satisfecho de su excursión). — ¡Qué original!... ¡Cuando yo cuente estas cosas en Londres, no las van a creer!

UN PLATICO DE GARRAFALES

I

El popular escritor festivo *Melitón González*, metido a la vez a *pescatore di perle*, sigue cultivando la crítica menuda. Si no fuera por temor de molestarle, yo me permitiría darle un consejo: que en vez de titular sus espulgos *Copio, copias, copiaré*, los titulase *La paja en el ojo ajeno*, porque, como verán los lectores de BUEN HUMOR, algunas de sus lecciones gramaticales merecían la firma de *El Maestro Ciruela*.

Véanse, si no, unos cuantos gazapos, cazados a tenazón en varios de sus escarceos de crítica analítica:

Evónimo. — Fijando la ortografía de esta palabra, escribe *Melitón González*: «Evónimo, del latín *evonymus*»; y agrega: «Así, con los dos puntitos, llamados diéresis, sobre la y.» Y es probado:

1.º Que *evonymus* no lleva diéresis, y no la lleva, porque en latín — apelo a los manes de Nebrija — la diéresis, que quiere decir *división*, y que en castellano, donde tiene otros usos, se llama también crema, sirve sólo para disolver el diptongo, separando los *dos sonidos* que el diptongo funde y que esta misma palabra etimológicamente significa. Por eso, muy exactamente, reza la antigua reglilla mnemotécnica:

«Diéresis o desenlace
de una sílaba, dos hace.»

Y como en dicha voz latina no hay diptongo que diluir ni sílaba que desenlazar, dicho se está que no admite la crema ni con vainilla.

2.º Evónimo no viene del latín, sino del griego. No hace falta ser un Max Muller para percibir al primer golpe de vista que dicha palabra es de estirpe helénica, como formada de las voces griegas *eu*, que significa *bien* o *bueno*, y *onymos*, que quiere decir *nombre*; por donde se ve que evónimo equivale a *buen nombre*; y sabido es aquello de *bonum nomen, bonum omen* — buen nombre, buen augurio —, aforismo tan cierto, que a Luis VIII de Francia le valió un reino: si en vez de elegir a D.^a Blanca, elige por esposa a D.^a Urraca, de fijo se lo pierde.

Con todo lo dicho, sin em-

bargo, no quiero dar a entender que *Melitón González* sea persona iletrada e indocta; antes al contrario, admito de buen grado que se puede ser, no ya coronel, sino hasta oficial de Intendencia, sin saber lo que es diptongo ni tener la menor vislumbre de lo que es diéresis.

Ingenieros y matemáticos muy competentes confiesan sin empacho que jamás supieron de ciencia cierta lo que quiere decir hipotenusa, aunque, eso sí, sabían perfectamente que es uno de los lados del triángulo rectángulo, precisamente, de los tres, el más largo.

Ello no es extraño. El general Benítez halló la fórmula de la curva que se enrosca a la parábola — que es una curva que quita el hipo —, y Echeagaray resolvía ecuaciones de sexto grado — que hace falta hablar con Dios —, y, sin embargo, los dos probablemente se murieron en la ignorancia de lo que es metaplasmo.

Pero basta de comentario, y ahí va otra garrafal.

Dicelia. — En un artículo de crítica prosódica, *Melitón González* se pitorrea de ciertos cómicos por su dicción defectuosa, y a una frase mal pronunciada por un supuesto actor la llama *dicelia*, entendiendo acaso que esta palabra tenga alguna relación con el verbo decir. Y no hay tal. El extravagante y peregrino vocablo, que parece tomado de alguno de los vaniloquios del *Fray Cebolla* del *Decamerón*, es el nombre de una pantomima licenciosa, muy del gusto de los antiguos griegos. Ni más, ni menos. Y como las pantomimas son mudas por definición, cabe, hablando en términos matemáticos, establecer la proporción siguiente: la pronunciación defectuosa es a la *dicelia* como la región glútea es a las témporas.

Por lo demás, y dejando otras garrafales para mi próximo artículo, el desliz no es grave. Trátase de un caso de psitacismo en que suelen incurrir los que escriben de oído; pero hay que tener cuidado, porque se empieza escribiendo *dicelia*, sin saber lo que se escribe, y se acaba por tener el mismo sentido del idioma que aquella buena mujer que yo conocí en Barcelona, y a la que encontré un día afligidísima porque un hijo suyo se había ido a *la fin del mundo*.

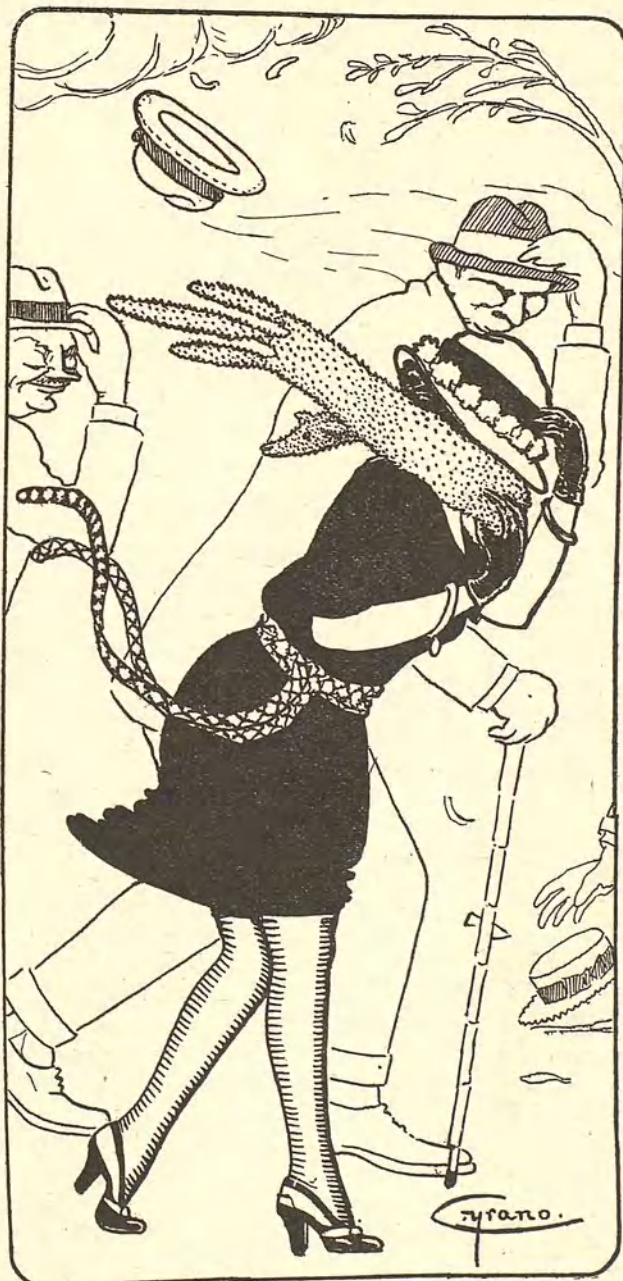
— Pero ¿adónde se ha ido? — hube de preguntarle.

Y me respondió, haciendo pucheros:

— ¡¡A las islas Disciplinas!!

FRANCISCO DE ESTEPA

Sevilla. — Enero.



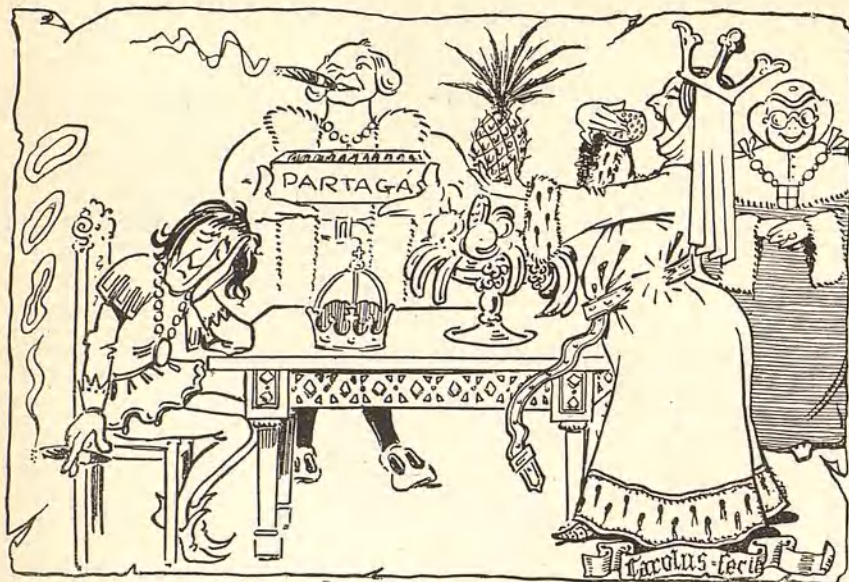
CONCEPTOS DEL PUDOR

Dib. CYRANO. — Madrid.

— Pero, mujer, ¿de qué te sirve taparte la cara, si el aire te descubre las piernas?...

— Para que nadie sepa de quién son.

Ayuntamiento de Madrid.



ALELUYAS HISTÓRICAS

Dib. ORTIZ. — Madrid.

Y D.^a Isabel se hinchó de frutos exóticos traídos por Colón, mientras que el pobre D. Fernando se vió negro fumándose un cigarro colonial... Al otro día los monarcas no estaban muy católicos.

VIDAS DE ANIMALES NARRADAS POR ELLOS MISMOS

EL LEÓN

I

Las repetidas llamadas de mi compañera me han impedido dormir esta noche con la placidez acostumbrada. En diversas ocasiones, respondiendo a un instinto maternal perfectamente comprensible, la leona me ha interrogado llena de temor:

- ¿Ha venido ya Asdrúbal?
- No. Aun no ha llegado.

Ciertamente, la desordenada actitud de Asdrúbal, nuestro hijo, un pequeño león de siete años, nos tiene sumamente contristados. Asdrúbal, como buen hijo de familia, permanece junto a nosotros durante el día; pero en cuanto llega la noche, aprovechando el más insignificante descuido, huye de nuestro lado para internarse por estos inhóspitos campos africanos, sepa Dios con qué fines.

Cuando, por fin, al amanecer llegó Asdrúbal, la leona le preguntó:

- Niño, ¿cómo vuelves tan tarde?
- ¿Tarde? ¡Si son las seis de la mañana!
- ¿Y te parece bien que un león de tu edad se retire a tales horas?
- ¡Mamá!
- ¿Quieres explicarnos, Asdrúbal, a qué sales todas las noches?
- Madre, salgo de caza.
- ¿De caza..., o de pesca?

— De caza, te lo aseguro. Por la noche, entre las tinieblas, diviso mejor la presa que ha de caer en mis garras... Puedes creerme, mamá: cuando está oscuro, veo más claro...

— ¡Qué extraño!... Y dinos, ¿por dónde has andado?

- Por el desierto.
- Y qué, ¿has visto por allí a alguien conocido?
- No, mamá. El desierto estaba... desierto.

— Asdrúbal: ni a tu padre ni a mí nos complace que frecuentes semejantes lugares. Cualquiera día puede sucederte un desagradable contratiempo. Así que, de ahora en adelante, jamás te separarás de nuestro lado.

- Bueno, mamá.
- ¿Lo has entendido? Nunca te consentiremos el alejarte de nosotros. ¡Ya lo sabes! ¡Nunca!

— Está bien. Me he enterado perfectamente y prometo obedeceros... No me explico que para decirme todo esto te indignes de esa manera. ¡Sosiégate un poco, mamá, que te pones hecha una fiera!

II

No puedo precisar, por más que lo intento, el modo en que fuimos transportados desde las selvas africanas a la bárbara Roma de Nerón. Únicamente

recuerdo que, caídos en el cautiverio la leona, Asdrúbal y yo, nos destinaron, en unión de diversos animales, al coliseo Flavio para servir de diversión a la embrutecida plebe.

A poco de llegar nos sucedió una sensible desgracia. Mi compañera, la leona, fué designada para luchar con un terrible toro, y la pobre, dada su inferioridad manifiesta, pereció víctima de tremenda cornada.

Nos comunicaron la funesta noticia en el lugar donde encerraban las fieras, ocupado en aquella ocasión por ochocientos osos, trescientos leones y unos quinientos tigres.

— ¡Hijo mío, qué solos estamos!— manifesté a Asdrúbal —. ¡Tu madre, la leona, ha muerto!

Pero, en contra de lo que pudiera temerse, bien pronto olvidamos a la desaparecida, quizás por la activísima vida que aquí se practica, ya que nos vemos obligados a luchar diariamente con otras fieras.

He aquí que un poeta llamado Agamenón, persona muy amada del pueblo por su bondad y filantropía, ha escrito un poema satírico flagelando las costumbres del Emperador, y éste, en venganza y castigo, ha condenado al audaz versificador a ser devorado por dos leones: Asdrúbal y yo.

Cuando nos presentamos en la arena del circo, las graderías aparecían totalmente ocupadas por los ciudadanos romanos que, con grandes voces, solicitaban indulgencia para el sentenciado a la última pena:

- ¡Perdón para Agamenón!
- ¡Que le perdonen! ¡Que Agamenón es muy bueno!
- ¡Sí! ¡Sí! ¡Muy bueno!
- ¡Piedad para él!

Pero el Emperador, inflexible, ordenó la comparecencia en el anillo del bueno de Agamenón. Nosotros nos limitamos a cumplir nuestro deber, haciendo desaparecer del mundo de los vivos en breves instantes al infeliz poeta y hombre bienhechor...

Fué por la noche cuando notamos los primeros síntomas alarmantes. Lo mismo Asdrúbal que yo sentimos grave malestar en el estómago. Observamos, llenos de pánico, que una extraña y complicada revolución se producía en nuestro delicado intestino.

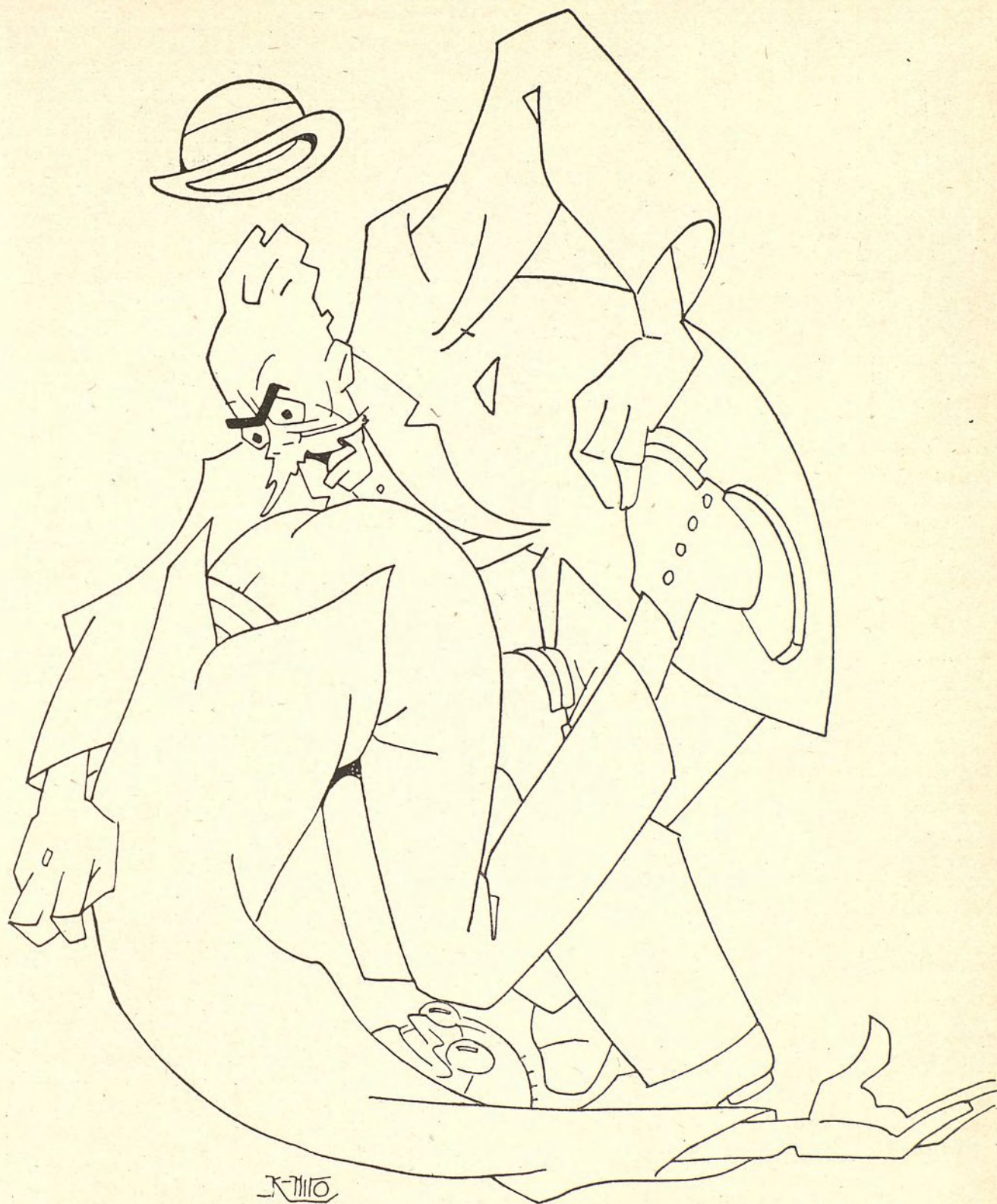
— ¿Qué te pasa, hijo? ¿Te sientes enfermo?

— Sí, papá... A ti también te veo malucho. ¿Será que nos ha hecho daño la alimentación?

— Yo creo que sí. Nuestra indisposición procede, no lo dudes, de la comida que hoy hemos tomado. Sí, Asdrúbal, sí. Ese Agamenón sería muy bueno; ¡pero lo que es a nosotros, hijo mío, nos ha sentado bastante mal!

Por la transcripción,

LUIS ESTEBAN



Dib. K-Hiro. — Madrid.

EL DE ARRIBA. — ¡Sinvergüenza!... ¡Animall... ¡Hipopótamo!... ¡¡Se lo estoy diciendo a usted en la cara!...

EL DE ABAJO. — Según a lo que usted llame cara.

Ayuntamiento de Madris



Dib. MENDA. — Madrid.

— Toma, hijo mío, la peseta de todos los domingos; y cuidadito con que te metas en esos cabarets donde los jóvenes malgastan su salud y su dinero.

Un domingo de Carnaval

PERSONAJES

UNA SEÑORA MUY ESDRÚJULA. — Veinticinco años; muy bonita; muy nerviosa.
UN CABALLERO MUY RESERVADO. — Cuarenta años; barba pobladísima; gestos fieros y rápidos.

SILVINO MELGAREJO. — Treinta años. Un buen chico. Está de acuerdo con la célebre máxima: «Prevenios de aquel que no se juerguea de vez en cuando, porque es señal de que sufre una mehez cerebral casi siempre incurable» (1).

UN «PIERROT» CURDA. — Veintitrés años. Insignificante.

(1) Epicteto, *Máximas*. Editorial Ricardo Seisdedos. Véase el índice.

(En su casa, Silvino Melgarejo, que está citado con una mujer a las cinco y media de aquel domingo de Carnaval, se ocupa en dar los últimos toques a su tocado. Silvino, como todo pariente de Adán en casos tales, se halla muy nervioso, sumamente nervioso.)

SILVINO MELGAREJO (mientras se pone la corbata, canturreando). — Yo no sé pedir champán... Yo no sé... Yo no sé hacerme el nudo esta tarde. ¡Caramba, tengo las manos de un nerviosismo que pasma! (Suena un timbre). ¡Llaman? ¿Quién podrá ser? (Sale al pasillo.)

UNA SEÑORA MUY ESDRÚJULA (entrando como una tromba seguida de Silvino). — ¡Discúlpeme, perdónem!

SILVINO MELGAREJO. — Señora...

UNA SEÑORA MUY ESDRÚJULA. — Le extrañará esta irrupción insólita. ¡Lógico,

muy lógico! Pero mi cabeza es una vorágine. Mire qué manos: estoy gélida.

SILVINO MELGAREJO. — En efecto: tiene usted las manos como dos sorbetes.

UNA SEÑORA MUY ESDRÚJULA. — Le daré una explicación rápida. Seré súbita. No me tome por una mujer aligera. Soy casada; salí sola, y un hombre cínico empezó a perseguirme ávido. El caso era tético, porque si le veía mi marido, que es súbito, enérgico y rígido, habría habido algo trágico, muy horrible, o, por lo menos, una catástrofe anímica. Yo siento por mi marido un amor mágico, casi ilógico, algo místico... ¡Catastrófico; se avecinaba un final catastrófico! Seguía persiguiéndome el sátiro, y yo, tímida, llamé en su casa como salvación única... Caballero..., no se muestre despota ni tiránico... Déjeme reposar: es una súplica...

SILVINO MELGAREJO (algo mareado por los esdrújulos). — ¡Resílfide! (Esta me estropea la tarde.) Pero, señora, considere usted...

UNA SEÑORA MUY ESDRÚJULA. — ¡Déjeme! ¡Cállese! Sea usted óptimo...

SILVINO MELGAREJO. — Es que figúrese que llegara su marido y la viera aquí... El, que es tan súbito, enérgico y rígido...

UNA SEÑORA MUY ESDRÚJULA. — Sabría comprender; no es un vesánico.

SILVINO MELGAREJO (contagiado). — Pero si trae un bastón férreo... El primer ímpetu...

UNA SEÑORA MUY ESDRÚJULA. — No tenga pánico. No hay tal bastón férreo; usa uno de sándalo. El es pacífico cuando no hay un motivo bélico. Me quiere; con unas palabras le dejaría extático y como hipnótico...

SILVINO MELGAREJO. — Por lo que veo es un hombre estrambótico.

UNA SEÑORA MUY ESDRÚJULA. — Y algo reumático... Debo estar muy pálida... Pero aquí me siento tan cómoda, en una paz tan íntima...

SILVINO MELGAREJO. — (Lo dicho: esta señora falla mis cálculos.) (Suena el timbre.)

UNA SEÑORA MUY ESDRÚJULA. — ¡Santa Bárbara! El timbre suena rápido. Será ese hombre sórdido... ¡Oh! Soy una mujer misera... Siento un dolor pésimo... Me desmayo fulmínea... (Y se desmaya.)

SILVINO MELGAREJO (cogiéndola en sus brazos). — Señora, señora... (Repiquetea el timbre.) ¡Caray! No tiene conocimiento, no ha debido tenerlo nunca... ¡Val! ¡Ya va! La llevaré al gabinete. (Deja a la dama en un sillón del gabinete y abre la puerta.)

UN CABALLERO MUY RESERVADO (entrando seguido de Silvino). — Buenas.

SILVINO MELGAREJO. — Muy buenas. (Una pausa poblada de misterios.) ¿Qué desea usted?

UN CABALLERO MUY RESERVADO. — Avíse a esa señora que ha entrado aquí.

SILVINO MELGAREJO. — Señor mío, aquí no ha entrado ninguna señora...

UN CABALLERO MUY RESERVADO. — Avisela.

SILVINO MELGAREJO. — Le aseguro...
UN CABALLERO MUY RESERVADO. — Avisela.

SILVINO MELGAREJO. — Puedo jurarle...
UN CABALLERO MUY RESERVADO (*sentándose*). — Esperaré.

SILVINO MELGAREJO. — (Bueno; yo echo a éste, aunque sea a guantazos...) Usted comprenderá que necesito que me explique su actitud. No trae usted mandamiento judicial y ha entrado en esta casa de una manera... Yo soy un hombre decente, tengo acciones del Banco de España y...

UN CABALLERO MUY RESERVADO. — Vengo siguiendo a esa señora porque necesito hablarla. Que salga. Avisela.

SILVINO MELGAREJO. — ¡Señores, qué tío más cínico! Caballero, yo no sé cómo contestarle...

UN CABALLERO MUY RESERVADO. — Pues cálese.

SILVINO MELGAREJO (*paseándose desesperado*). — ¡Qué hago yo? ¿Qué hago yo? ¡Las seis y cuartol! ¡Paquita esperándome! ¡Ah, ya! Me largo y los dejo... (*Va hacia la puerta.*)

UN CABALLERO MUY RESERVADO. — ¿Dónde va usted?

SILVINO MELGAREJO. — ¿Tengo que darle cuenta de mis acciones?

UN CABALLERO MUY RESERVADO. — De las del Banco, no; de ésta, sí.

SILVINO MELGAREJO. — Sepa usted, entonces, que voy a afeitarme.

UN CABALLERO MUY RESERVADO. — Yo no permito que usted se vaya. Usted quiere escaparse. Usted no se escapa. Usted no compromete a esa señora desconocida. ¡A usted le pego yo un tiro si se val!

SILVINO MELGAREJO. — Caballero... ¡es usted tan amable! No puedo por menos de atender a sus ruegos... Me quedo, sí, señor. (*Y Silvino se deja caer como un fardo en uno de los sillones.*)

DOS HORAS DESPUÉS

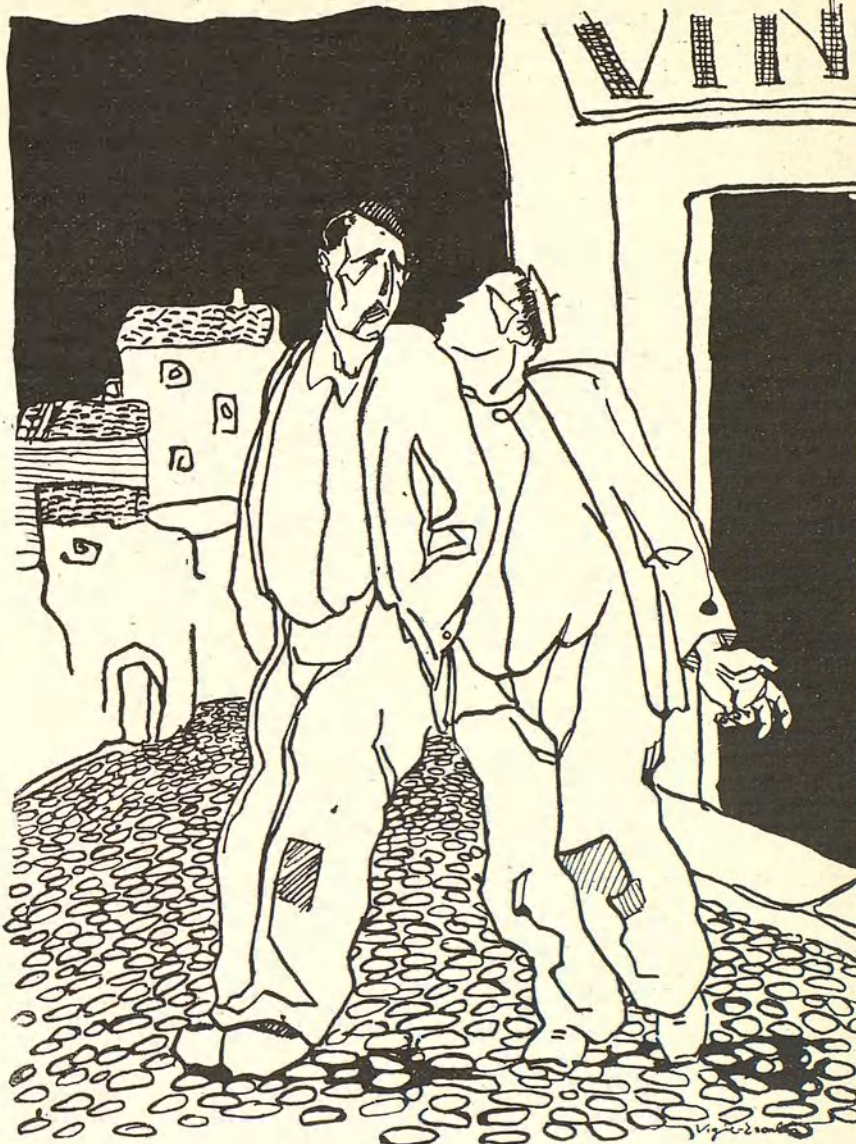
SILVINO MELGAREJO (*que se ha dormido, despertándose*). — ¿Eh? ¡Mi madre! ¡Las ocho y media! Caballero..., ¿qué hace usted aquí todavía?

UN CABALLERO MUY RESERVADO. — Espero a la señora que entró antes. Avisela.

SILVINO MELGAREJO (*muy furioso*). — ¡La avisaré, sí, señor! ¡La avisaré! ¡Estoy harto de usted y harto de esa señora! ¡Y harto del mundo! Son las ocho y media, ¿sabe usted? ¡Las ocho y media! ¡Las ocho y media de la noche! Paquita se habrá ido... ¡Esto me costará regañar con Paquita! ¿Entiende usted? ¡Con Paquita! Y si yo regaño con Paquita, compro una ametralladora y me suicido; pero ¡le llevo a usted por delante! ¿Qué dice usted?

UN CABALLERO MUY RESERVADO. — Que le ha salido muy redonda la frase.

SILVINO MELGAREJO (*estallando*). — ¡Se acabó! (*Va al gabinete y trae medio a rastras a la dama, que ya ha*



UN CLAVO SACA OTRO CLAVO

Dib. ESCALERA. — Gijón.

— Pero con el genio que tien la tu Antona, ¿t'atreves a entrar en casa oliendo a sidra?
— No te apures, chacho; voy a tomar unes copines de anís pa quitar el mal olor.



vuelto en sí.) Señora, ahí tiene a ese caballero. Yo me enjabono las manos.

UNA SEÑORA MUY ESDRÚJULA. — ¿Eh? ¡Oh! ¡Socorro! Ese hombre es el sátiro que me perseguía ávido. ¡Libreme, auxilieme, apártele!

UN CABALLERO MUY RESERVADO (*avanzando*). — Señora...

UNA SEÑORA MUY ESDRÚJULA (*aterrada*). — ¡No! Mi marido es súpito, energético y rígido! ¡Ese hombre es un cínico y usted es un títere!

SILVINO MELGAREJO. — ¡Y usted, señora, es una estólida!

UN CABALLERO MUY RESERVADO. — Señora, yo...

UNA SEÑORA MUY ESDRÚJULA. — ¡No se acerque, hombre tétrico! ¡Me pone usted frenética al verle tan próximo!

SILVINO MELGAREJO (*que no puede aguantar más*). — Señora..., por favor, ¡váyase usted! ¡Estoy ya hasta la coronilla!...

UNA SEÑORA MUY ESDRÚJULA. — Volvería a perseguirme ese hombre estúpido... Libreme de ese demente o de ese alcohólico. ¡Que me va a dar un epiléptico!... ¡Ya me siento apoplética!...

UN CABALLERO MUY RESERVADO (*acercándose a ella*). — Es que...

UNA SEÑORA MUY ESDRÚJULA. — ¡Oh, no! ¡Antes la muerte rápida! (*Va hacia el balcón, lo abre y se dispone a tirarse.*)

SILVINO MELGAREJO. — ¡Señora, yo la ruego que se tire por el balcón de su casa!...

UNA SEÑORA MUY ESDRÚJULA. — ¡No! ¡Me tiro por aquí! No puedo permitir la persecución ilógica de ese hombre selvático...

SILVINO MELGAREJO. — ¡Señora, que es un tercerol! ¡Que se hace usted pasta para sopa!

UN CABALLERO MUY RESERVADO (*sujetando a la dama*). — Perdónese usted. No quería hablarla delante de este señor, porque soy muy reservado. Yo no la persigo con los fines que supone... Es que se le cayó en la calle este bolsillo de plata, y quería devolvérselo...

UNA SEÑORA MUY ESDRÚJULA (*sonriendo*). — ¡Oh! ¡Qué caballero tan simpático! ¡Discúlpeme... Soy tan neurótica...

SILVINO MELGAREJO (*dándose de bofetadas*). — ¿Y por esto he perdido yo el pasar el domingo de Carnaval con Paquita? ¡Silvino, tienes un sino! (*Y Silvino da una carrerita, luego un salto, y se tira a la calle de cabeza.*)

UN CABALLERO MUY RESERVADO. — ¡Oh!

UNA SEÑORA MUY ESDRÚJULA. — ¡Ay!

UN PIERROT CURDA (*que va en una carroza, en donde ha caído Silvino.*) ¡Hola, compañero! Vienes de la Luna, ¿verdad? (*Dándole una botella.*) Pues toma... Sacúdetes un trago de manzanilla... ¡¡Mueraaa Abd-el-Krim!!...

(*La carroza dobla una esquina y desaparece.*)

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

EN VOZ ALTA

Las telefonistas y yo

— El otro día me llamó por teléfono un amigo. Me puse al aparato.

— Pero ¿qué te pasa? — le pregunté, al oírle tan malhumorado.

— ¡Qué me va a pasar! — me contestó —. Que después de llamar más de un cuarto de hora, me piden el número; me lamento cortésmente a la señorita de la Central de lo premioso del servicio, y no puedes figurarte cómo se han puesto...

— ¿Quién? ¿El servicio, la señorita o la Central?...

— ¡No, que no estoy para bromas!

— ¡Hombre, sé un poco más galante!

— insistí.

— ¡Más galante yo, que soy el alcaide de la galantería? — me respondió ya de mejor humor —. Además — añadió —, que aquí no caben galanterías.

— ¿Tú crees?...

— Desde luego... ¡Me parece que basta con ser cortés! ¿No aspiran las mujeres a tener los mismos derechos que el

hombre? ¿O es que en unos casos van a disfrutar de esos derechos y los deberes se les van a dispensar por galantería?... ¡O todo, o nada!

— ¡Cuidado con extralimitarse! — le dije, riéndome.

— ¡Pero si no me extralimito! — me atajó, volviéndose a apasionar —. O la mujer sigue siendo mujer en todos los sentidos y se le dispensa todo y se tienen con ella todas las galanterías, o se le trata sólo con la misma consideración cortés que se tiene con un hombre cualquiera, desde el momento en que disfruta las mismas prerrogativas sociales...

— Bien; pero, aparte del feminismo, ¿para qué me llamabas?

Como si no le hubiera preguntado, en este momento quedó cortada la comunicación.

La señorita de la Central creyó, seguramente, que para ser por teléfono, era demasiado feminismo.

Timbrazos... Ruegos...

— ¡Centrall... ¡Centrall...

Me pusieron con una colchonera, con una funeraria y con un despacho de bebidas al por mayor.

Desistí de mi empeño. ¿Quién se va a disgustar con una señorita que siempre se la supone joven y guapa?



LOS ÉXITOS TEATRALES

"EL DIRECTOR ES UN 'HACHA!'"

De la graciosísima obra de Federico Reparaz y Ramón López Montenegro, estrenada en el teatro Imperial con éxito ruidoso, reproducimos la primera escena, por ser ésta la que sirve de base a la enorme serie de equívocos y enredos que constituyen la maravilla de tan regocijante producción, una de las más divertidas de estos últimos años.

ACTO PRIMERO

(*Al levantarse el telón, se encuentra sentado ante la mesa y trabajando febrilmente Enrique Paredes, secretario de la Dirección del Ferrocarril Peninsular, hombre listo y simpático, que ha doblado los treinta, y viste de americana en el actual momento histórico.*)

ENRIQUE. — ... y siete, noventa y una; y tres, noventa y cinco; y ocho, ciento diez; y llevo diez...; digo, once...; digo... ¡No sé lo que me digo ni lo que me llevo... ¡Ya estoy locol...

GARCÍA (*ordenanza de estas oficinas, con setenta años a la espalda: bigote blanco, recortado, y terno negro con galones. Entra por el foro izquierda con varios periódicos y cartas, y se acerca a la mesa, donde deja todo ello.*) El correo. (*Fijándose en el secretario.*) ¿Qué es eso, don Enrique? ¿Hay mal temple?

ENRIQUE. — Hay lo que debe haber, mi querido García; que me paso la semana y el año barajando números, y que no sé si esto es una cabeza o es el bombo de la lotería nacional. A ver: toque usted, toque usted...

GARCÍA. — ¡Je, qué cosas tiene don Enrique!

Basta que una mujer sea eso, mujer, para que tenga toda mi devoción; ¡cuánto más si la veo imaginativamente, presa su cabecita graciosa de un artefacto feo durante ocho o diez horas seguidas escuchando sandeces, como me figuro a las sufridas señoritas de la Central!...

Yo ese día no hubiera tenido las mismas contemplaciones si el servicio hubiera estado atendido por ese animal absurdo que se llama hombre. Y es que (hablo por mí) llevamos los españoles la admiración por la mujer hasta tal punto, que nos impide deslindar de ella los dos aspectos: el social y el simplemente femenino. (Hablo por mí.)

¡Disgustarme con las señoritas de la Central!... Yo, que soy un feminista auténtico, pues creo que el triunfo del feminismo ha de ser a la vez el del masculinismo, me maravillo ante los que tratan con serenidad del problema feminista.

¿Es posible — me pregunto — no perder la ecuanimidad y hacer toda clase de concesiones al debatir todo lo que se refiera o pueda referirse a la mujer?...

Bien es verdad que, así como hay quien padece de gota, quien es reumático, yo soy un pasional crónico.

FRANCISCO DE TROYA

ENRIQUE. — ¡Sí, sí!

GARCÍA. — En fin, mejor es eso; porque ya pensé que el mal temple era por otro asunto.

ENRIQUE. — ¿Por otro asunto?

GARCÍA. — Claro. Como hace pocos meses que se ha casado usted...

ENRIQUE. — ¡Hombrel!...

GARCÍA. — No, no; no lo eche usted a malicia; es que usted, don Enrique, hace tiempo que desea ascender, y...

ENRIQUE. — ¡Bueno val! Tiene usted un modo de explicar las cosas...

GARCÍA. — Yo no sabré explicarme; pero ya sé por qué lo digo.

ENRIQUE. — Usted, sí; pero ninguno más que usted.

GARCÍA. — No, no; y usted también sabe por dónde voy, que no tiene usted pelo de tonto. Y si no, más claro: ¿no es verdad que a don Próspero, el director, se le hace siempre muy cuesta arriba el ascender a un empleado, si antes no ha conseguido de la esposa algún favor de cierta especie?

ENRIQUE. — ¡Caray, García, yo no tendré pelo de tonto; pero en la lengua tiene usted menos pelos que yo!

GARCÍA. — Dice usted que hable claro...

ENRIQUE. — Sí, sí, muy bien. Y de ese asunto, nada; estoy satisfechísimo. Den-

tro de pocos días seré ascendido a jefe de sección.

GARCÍA. — ¡¡Don Enrique!!... (El gesto que acompaña a esta exclamación debe de ser todo un poema.)

ENRIQUE. — ¡Oh, tranquilícese por mi decoro, noble amigo! Mi ascenso no significa nada de lo que usted supone. En fin, voy a ponerle en autos, no sólo porque ha salido la conversación y es usted la persona de mi confianza en esta casa...

GARCÍA. — Gracias, don Enrique.

ENRIQUE. — ... sino por egoísmo. Me conviene que esté usted en la intriga. (Le da un pitillo y fuman.) Decíamos que don Próspero de Cienfuegos, ilustre director de la Compañía del Ferrocarril Peninsular, ejercita en pleno siglo XX un antiguo y odioso derecho, como señor feudal de estas oheinas. Algunos infelices se han conformado con su suerte; otros frescos, la buscan; y el que se siente digno, renuncia a su trabajo y se marcha a otra parte.

GARCÍA. — Cabalito; don Próspero es una hacha.

ENRIQUE. — Pues bien: yo me propongo no ser un sinvergüenza, ni un infeliz, ni un primo.

GARCÍA. — ¿Y piensa usted ascender?...

ENRIQUE. — Esta misma semana. (García está asombrado.) ¿Usted conoce a mi mujer?

GARCÍA. — ¿A la señorita Blanca? Sí, señor; de verla por aquí, cuando viene.

ENRIQUE. — Perfectamente; pero ocurre, mi estimado García, que esa señora a quien usted conoce, ni se llama Blanca, ni es mi mujer. Por lo demás... (Sonriendo ante la imponderable estupefacción de García.) Sí, hombre, sí; no se sorprenda usted; la cosa es muy sencilla. El director supo que yo me había casado, y, según su costumbre, mostró deseos de conocer a mi mujer. Pero yo estaba prevenido. Una de las artistas que actualmente trabajan en el Madrid-Kursaal es Julia la Castiza, y Julia la Castiza, cuando sólo tenía siete años, fué recogida del arroyo por mi hermana mayor, que la educó y la tuvo como una señorita. Más lo que sale de la calle, a la calle vuelve, tarde o temprano, y al fallecer mi pobre hermana le faltó tiempo a Julia para tomar la puerta y perderse de vista.

GARCÍA. — Quien da pan a perro ajeno...

ENRIQUE. — Menos mal que este perro ha sido agradecido. Años después de aquella fuga, volví a saber de la muchacha. Se había hecho una estrella del cuplé y gozaba de tanta popularidad por su arte como por el desenfreno de su vida privada.

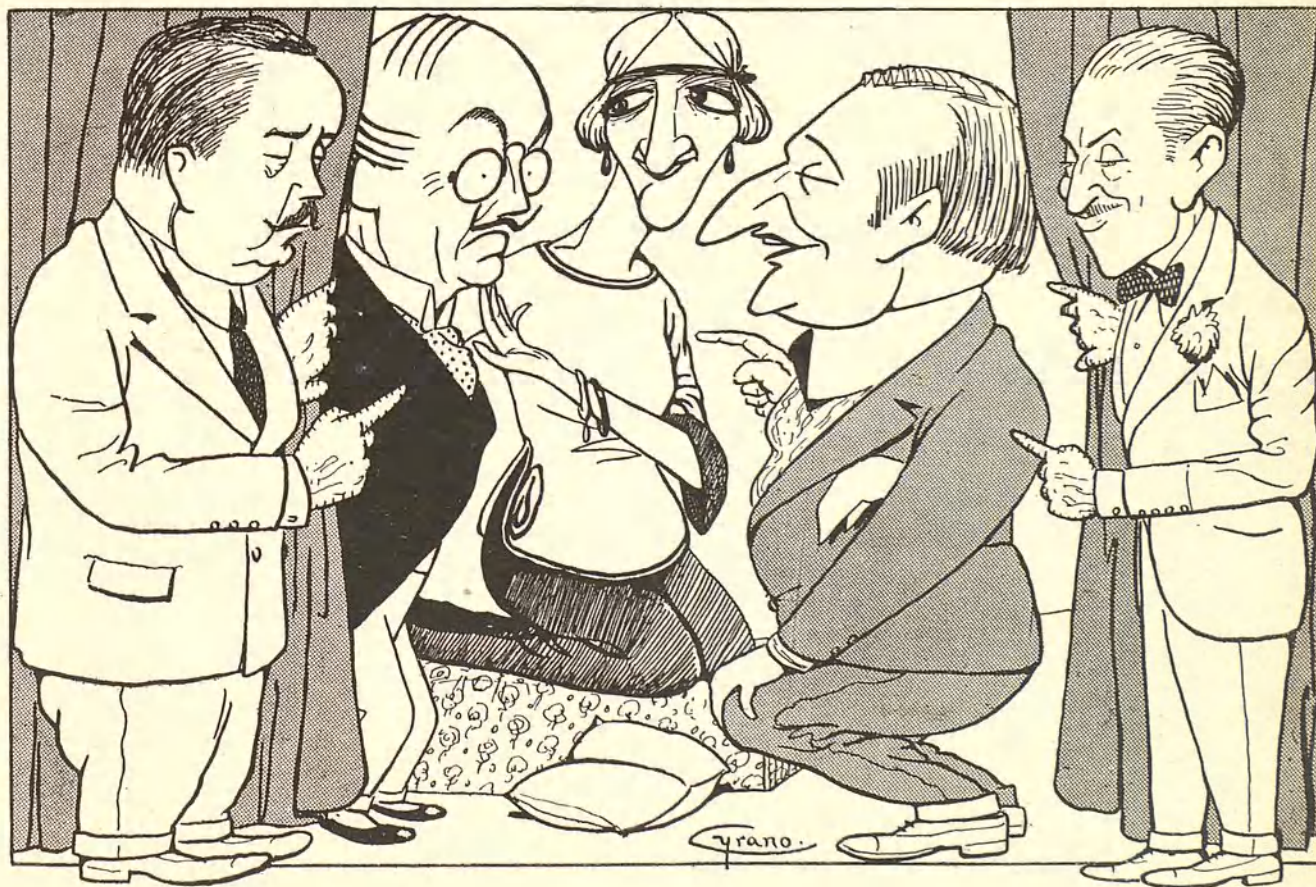
GARCÍA. — Algo he oído hablar...

ENRIQUE. — Éra esto: vine de secretario a la dirección de la Compañía, dispuse mi boda, y para lograr el ascenso pensé en la antigua protegida de mi hermana.

GARCÍA. — Ya creo que adivino...

ENRIQUE. — Como que está bien claro. Me presenté a la artista, le dije quién era yo y cuál mi propósito, y algo por gratitud y mucho por su espíritu revoltoso y aventurero, aceptó, sin dudarle, el papel principal en la comedia preparada. Y ahora, ya sabe usted quién es la señorita que aquí se hace pasar por mi esposa legítima, y si tengo motivos para esperar mi ascenso a jefe de sección esta misma semana.

GARCÍA (asombrado). — ¡Hombrel... El director es un hacha; pero a usted, ¡hay que verle despacio!



Dib. CYRANO.

Federico Reparaz y Ramón López Montenegro, autores de la saladisima obra El director es un «hacha», con Antonia Herrero, Manolo París y Santiago García, principales intérpretes de tan ruidoso éxito teatral.

Ayuntamiento de Madris

TRAGEDIA CONYUGAL

Franz Kupfer y su distinguida esposa (cuyos pies no beso porque me es imposible, a causa de la distancia que me separa de ellos: de los pies y del matrimonio, porque han de saber ustedes que el matrimonio vive en Berlín y los pies de la señora también), pues Franz Kupfer y su costilla tengo el honor de participarles a ustedes que no eran felices, lo cual supongo que les llenará de pena en el momento de enterarse de tal desgracia.

La no felicidad de Franz Kupfer y de la señora de Kupfer no era producida por estrecheces económicas, no reconocía tampoco por causa el que Franz fuera viejo y su señora joven, ni era tampoco motivada porque Franz fuese joven y su señora vieja, ni mucho menos porque los dos fuesen viejos y el cansancio de la vida les pusiera de mal humor, hasta el extremo de pegarse todos los días... y todas las noches.

El malestar del matrimonio no obedecía más que a una causa, que, según el marido, era casi una causa criminal... Todas las rencillas, todos los disgustos, todas las diferencias y todas las bofetadas (éstas últimas eran de tal calibre que solían producir temblores de tierra en el barrio, algunos de los cuales registró el sismógrafo de Tarragona), pues todo eso y algo más que sucedía en el intranquilo hogar de nuestros héroes, nacía del endiablado carácter de la señora de Kupfer, cuyo genio, al decir de los que tuvieron el gusto de tratarla,

era una mezcla de Weyler, Millán de Priego, Raquel Meller, Abd-el-Krim, Landru y *El Caballero Audaz*, tan aterrador como para poner en fuga precipitada al Cid Campeador, a *Chicuelo* y a Arturo Serrano (empresario del Infanta Isabel), que son los tres seres más valientes que yo he conocido en esta vida y en la otra...

La señora de Kupfer había tomado a su amable esposo por el pito del vigilante nocturno, y se dedicaba a hacerle la vida imposible, esa vida que en Alemania ya es bastante difícil, aunque los matrimonios se adoren como Romeo y Julieta, como Abelardo y Eloísa, como Dante y Beatriz y como Paso y Abati...

Volviendo a nuestra historia, el pobre Franz estaba hecho la reverendísima cusca con su fenomenal costilla. Cuando ella estaba de mal humor, no le valían ni halagos, ni mimos, ni ruegos y preguntas... A la menor molestia que notaba la socia, le sacudía una torta de Alcázar que le volvía loco, cuando no agarraba un roten y verificaba un reconocimiento con él en la región glútea de su desgraciado concomitante...

Tal vez ustedes se figurarán que la señora de Kupfer era fea, o tuerta, o jorobada... ¡Error tremendo! El jorobado lo era él desde el día que se casó, y eso que el hombre llevaba el asunto con una resignación tan evangélica, que cuando ella le daba una chuleta en el carrillo derecho, colocaba él el izquierdo,

con el noble fin de recibir la que forzosamente venía detrás de la primera, que, como ustedes habrán adivinado, era la segunda... ¡Y ni que decir tiene que cuando la señora de Kupfer empuñaba el garrote vil, el juego de los dos carrillos se repetía, con la sola diferencia de que, como se trataba de otra clase de carrillos, la actitud de Franz resultaba un tanto cómica, aunque desde luego mucho más humilde todavía que la que adoptaba para recibir las bofetadas!... Lo que es indudable, lo que afirman todos los que presenciaban las broncas conyugales, es que tanto los dos carrillos primeros como los dos carrillos segundos de Franz se ruborizaban, se encendían de vergüenza y de ira a cada agresión; pero la boca permanecía cerrada, sin dejar escapar una queja, ni un rumor, ni un leve soplo, con la única excepción de un día en que funcionó el bastón sobre los dos carrillos que se pueden ustedes suponer, y hubo rumores alarmantes y quejas tan atroces que la vecindad despertó alarmadísima creyendo que había tiros...

Lo peregrino del caso es que las discusiones eran producidas siempre por motivos tan nimios e insignificantes como los siguientes: ella sostenía que España era un país cálido y Franz aseguraba que era frígido, sin tener en cuenta que en España hay cosas cálidas (*Chelito*) y cosas frías (Romanones), lo que demuestra que los dos tenían razón... Otras veces la pelea sobrevenía porque él ganaba poco, cosa injusta a todas luces, cuando el pobre gachó se ganaba lo menos tres palizas diarias... Otras veces el pretexto eran los celos, o una rotura de calcetines que ella estimaba injustificada, o un exceso de apetito de Franz, que, en el momento en que ella se distraía, se comía lo mejor del puchero, porque hay que advertir que el hombre era filósofo, y los filósofos son unas fieras para el estofado...

La última bronca fué épica y la produjo un incidente sin la menor importancia, como van ustedes a apreciar...

Franz había visto en una sombrerería de la *Friedrichstrasse* un soberbio sombrero de piel de topo, valorado en tres mil marcos (total, treinta céntimos, una perra gorda menos que el BUEN HUMOR), y se le metió en la cabeza, no el sombrero, sino la idea de comprárselo... Como es natural, Franz expuso el caso a la señora de Kupfer, y ésta le objetó que un hombre verdaderamente económico debía ir de gorra a todas partes... Por primera vez en su vida, Franz, que tenía cosas de chico, demostró la contrariedad que le producía el no adquirir el benemérito sombrero, e insistió cerca de su mujer para convencerla; pero tan cerca lo hizo que ella no tuvo más que alargar la mano para que su tierno compañero añadiese seis galletas más a la larga lista de las disfrutadas en el transcurso de su vida matrimonial:

El disgustazo fué memorable; pero



Dib. MARTÍN. — San Sebastián.

- No tema, señor; es que como no le conoce...
- ¿Y qué debo hacer para que me conozca?
- Darle un bocadillo.
- ¡Imposible, señoral!... Tengo la dentadura en casa del dentista.

Franz Kupfer se quedó sin sombrero y con la amenaza formal de su mujer de que, si insistía, le cortaría la cabeza para que no lo necesitase...

Aunque esto parecía que debía colmar la medida de la mansedumbre de Franz, no fué así; y el pobre Kupfer siguió aguantando a su esposa con la sonrisa en los labios y el sombrero viejo...

Pero un día, ¡oh!...

¡Un día se solucionó todo de una manera radical, brutal, súbita, inesperada!

¡Un día se le ocurrió a Franz regresar a su casa repentinamente, haciendo novillos en la oficina, y sorprendió a su mujer en compañía de un amigo, no digamos que haciendo novillos también, pero casi, casi...

¡Franz era, a pesar de todo, un hombre de honor!... ¡Tenía de la dignidad profesional de marido un concepto lindante con el de Calderón, Zorrilla y Echegaray, y además estaba muy harto de su señora para no tomar una resolución heroica y levantada!

Y la tomó...

Ante la villana escena que no tuvo más remedio que presenciar, y que no fué del agrado del público (el público era él solo), se cruzó de brazos, lanzó una carcajada histérica e increpó a los adúlteros...

La señora Kupfer, aterrada, cayó de rodillas a los pies de su esposo y le pidió clemencia...

¡Pero quia!

Kupfer estaba magnífico, radiante en el furor de su venganza, y se rió de ella a mandíbula desquiciada...

Ella tembló más, y al verle dirigirse a la puerta con ademán decidido, como el que va a avisar a los guardias, le preguntó angustiosamente:

— ¿Adónde vas?... ¿Qué pretendes hacer?...

Y Kupfer respondió con una solemni-

dad trágica, que heló la sangre a la pobre señora:

— ¿Que adónde voy?... ¿Y me lo preguntas, miserable mujerzuela?... ¡¡Voy a comprarme el sombrero ahora mismo!...

Y se largó a la *Friedrichstrasse* con los tres mil marcos en la mano, mientras su mujer y el amigo reanudaban la escena interrumpida.

ERNESTO POLO



EN LA CERVECERÍA

Dib. PÉREZ. — Madrid.

LAS CASAS DE SOCORRO

Nada más humorístico que las Casas de Socorro madrileñas. Son magníficas posadas para jugar al tute y fumar cigarrillos contando anécdotas médicas, taurinas, políticas, literarias.

En medio de las noches crudizas de Madrid, los hombres de las Casas de Socorro vigilan la noche, mientras un par de cafés — dos cafés que hacen seis — recalientan el estómago de ese retén animoso que espera con entereza a los asesinados.

La noche de velatorio, de Juzgado de guardia, de estudiante en vísperas de examen, de cuarto de banderas, que se vive en el despacho de las Casas de Socorro, va pasando sin compromisos.

En la antesala, donde el guardia dormita, no se oye nada, la puerta de cristales no suena.

— ¿Otro tute?

— Venga otro...

Lejos, un suicida carga en ese momento la pistola; el asesino, ya bien preparado, clava su puñal en la víctima; una mujer da a luz; un escritor se muere de hambre...

La puerta de cristales de la Casa de Socorro suena al poco rato con tíroteo nocturnal y helado. El guardia, que se despierta, se pone su sombrero, porque sin sombrero no es autoridad, y pregunta... Después pasa recado a los que celebran su velada en el despacho caliente, y sale diciendo:

— Que ahora mismo van...

La puerta de cristales suena a diligencia en la noche, diligencia de la que ha salido un maldito viajero dejando entrar una ráfaga de ventisea.

Los encargados de salir en plan de curación urgente juegan el otro tute y no pueden dejarlo.

— Esta parturiente va a ser como aquella otra... Que iba para dentro de cinco meses y nos llamó con urgencia...

Siempre toda embarazada, todo asesinado, todo suicida, son como aquel que no tenía nada o ya había perecido después de haberles hecho salir. Los médicos de Casa de Socorro no se acaban de dar cuenta de que las Casas de Socorro más están para los sustos que para nada. Son atajasustos y nada más.

Porque pobre del que sufra la primera cura con aquel material. Esa escena de Casa de Socorro que reproduzco, y en la que la perplejidad costará la vida probablemente al que aún burbujea, pinta, no diré de mano maestra, pero sí con torpe elocuencia, una de las escenas más humorísticas que recuerdo.

Pero el tute aun no ha acabado, y ya han llegado cuatro avisos más y un tercer emisario de la embarazada, diciendo que acaba de tener tres mellizos...

— ¡Esa no es como la otra, caray! — exclama humorísticamente el de más pachorra.

Por fin, acabada la partida, salen. La asesinada grita: «¡Qué frío! ¡Qué frío!», con un arrastre afrancesado de la *r*. La taponan y se van. Del suicida leen el papel en que se despide. «Si hubieran ustedes llegado un poco antes!», dice una comadre; y en casa de la embarazada, gran casa de vecindad alborotadora y pendenciera, les dice una comadre con mucha sal:

— ¡Ni que les hubiesen llamado para el bautizo!...

Vuelven a la Casa de Socorro; el cuartito del chubesqui está caliente e iluminado. Las cartas aun quedan sobre la mesa.

— ¿Qué?... ¿Corto yo? — pregunta el que más arte de cirujano tiene, el que mejor sabe abrir en canal a los que caen en sus manos.

— Sí, corte usted, que es el maestro en eso — le dice con cierta sorna alusiva el compañero.

Fuera cae una nieve, que si no es precisamente la de los



— ¡Anda, esto es lo peor! ¡Ahora no hay hilo para coserle!... ¡Y ya están cerradas las tiendas!...

teatros, tampoco es la nieve verdadera, sino la nieve que necesitan los cronistas y los que trazan un capítulo intencional y tragicómico.

La puerta de cristales recibe un empujón terrible. Parece que a la diligencia de la Casa de Socorro se le ha ido una rueda.

Ha sido el bandazo de una borracha.

Es la noche del sábado. Vendrán por eso quizás más borrachos.

Lo primero que hace la borracha es atentar contra la autoridad, pues como todos los borrachos, y sin saber por qué secreto instinto, reconocen siempre a la autoridad.

Entre todos la llevan al sillón de los borrachos, ese sillón que queda en las casas estropeado y cojitranco, después de haber servido durante veinte años a la abuela imposibilitada, y en el que los gatos escarbaron como buscando entre su pelote un tesoro de ratones escabechados.

La atan, la ponen la cinturilla de refuerzo, y la dejan vomitar y lanzar los improperios.

A poco, como siempre sucede, el borracho, que parece el marido de la borracha y que viene en su busca, rompe un cristal de la puerta y por él entra todo el agua de la noche, como el mar por la avería de un barco agujereado.

El guardia no le perdona eso, y con ayuda del mozo le ata fuertemente a las patas del sillón de los borrachos, pues como no hay más que uno, en habiendo una dama, ella goza de la preferencia.

Este borracho es un vecino de Cangas abonado al turno de los sábados, hombre que desafía a todo el mundo a beber

más que él, cantor empedernido, que se empeña en que le conteste la dama que ocupa el sillón y se pasa la noche diciéndole:

— Buenas noches, señora... A los pies de usted...

Mientras ella sólo le mira de vez en cuando despectivamente y le dice:

— Le ruego, caballero, que no me mire las piernas.

El sillón está tan engarfiado a la pared por sus listones de hierro, que no puedes desempotrarlo. Sólo un terrible cargador de la plaza de la Cebada, que era el temor de las Casas de Socorro, arrancó una vez el sillón de la pared y salió corriendo con él a la espalda.

El último tute ha acabado. Todos se quedan dormidos. El teléfono suena. Nadie acude. Vuelve a llamar. En vano. Los rin-rin se consumen y caen al suelo apagados estérilmente. La Central sigue llamando. Por fin, ante un despertador tan insistente, alguien acude...

— ¿Quién?

— ...

— ¿Quién?

— ...

— ¿Quién?

— ...

— ¿Quién?

(Se ha muerto el que llamaba urgentemente y por eso nadie contesta.)

El practicante, rabioso, cuelga el teléfono y dice:

— ¡Maldita sea esta gente que llama porque le pica la cabeza y después ni siquiera responde!...

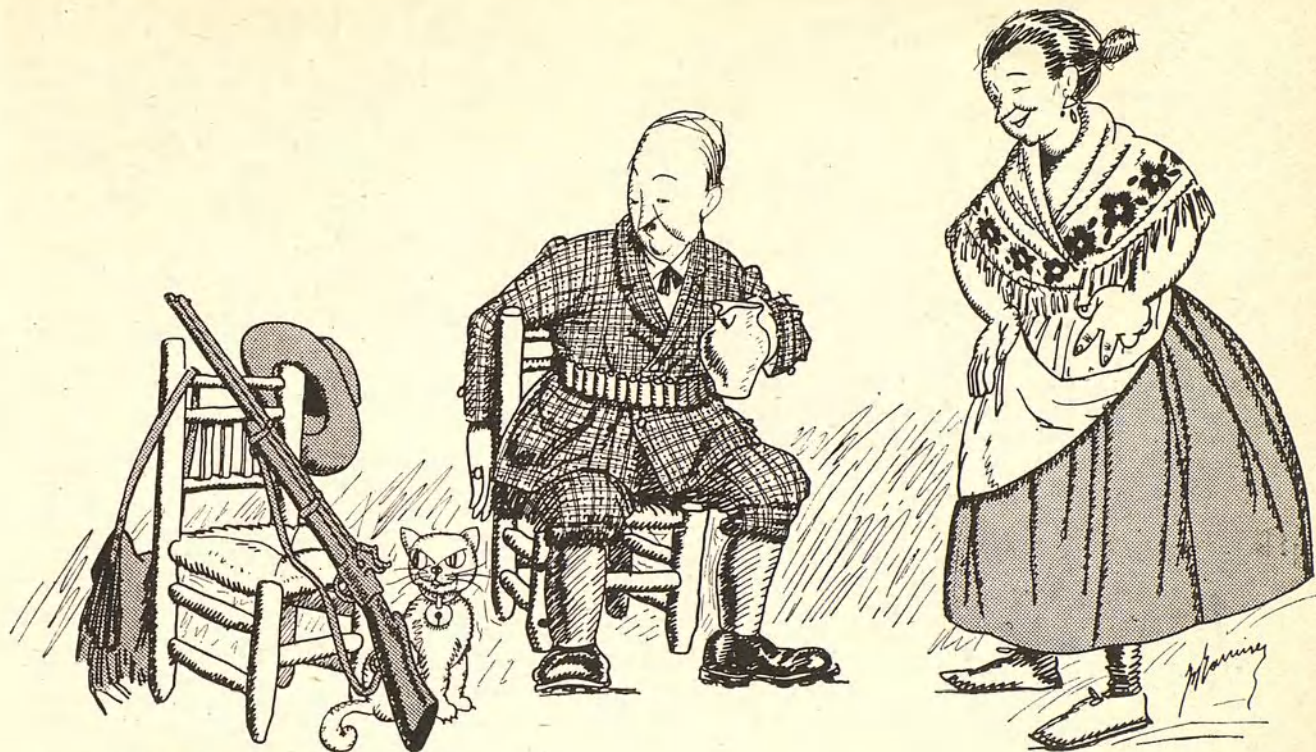


El sillón de los borrachos los días extraordinarios.

El alba friolenta en que se ven como nunca los rizados cierres de las tiendas, fusila contra las paredes a los últimos miserables, a los que se salvaron de las Casas de Socorro, a los que no se pudieron refugiar en ellas.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

(Ilustraciones del escritor.)



— Es gata, ¿verdad?
 — ¿En qué lo ha conocido usted?
 — ¡No hay más que ver cómo se acerca a los gatillos!...

Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

DESAHOGO PARTICULAR, por Juan Pérez Zúñiga

Dicen mis compañeros de trabajo
 que no soy *humorista*,
 sino *escritor festivo*, y eso es cierto
 bajo un punto de vista.
 En muchas de las cosas publicadas
 por mi modesta pluma
 (labor descomunal de muchos años,
 que al más valiente abruma),
 confieso desde luego que no existe
 marcado el humorismo,
 aunque hagan *de reír* a las porteras
 (lo cual que no es lo mismo).
 Mas ¿quién niega mi *humor* en absoluto?
 Algún crítico huero
 que tan sólo leyó lo dedicado
 por mi numen ligero
 a *La niña que canta en el segundo*
 o *Al juez de Valdepradas*,
 o un artículo de esos pergeñados
 con frases trastrocadas.
 Si sólo diese a luz mi musa inquieta
 trabajos de esa clase,
 comprendo que *humorista*, propiamente,
 ninguno me llamase.
 Pero hay en muchas páginas amenas
 de mis novelas varias
 y en mis *Viajes*, igual que en otras obras
 un tanto extraordinarias,
 mil rasgos de humorismo verdadero,
 según he demostrado,
 y en eso, los que niegan mi humorismo,
 quizás no se han fijado.

Repletas de humorismo hay obras mías,
 que al parecer son raras.
 Si las miras, lector, con las de Brúknér
 de fijo las comparas.
 (Yo no sé si algún Brúknér hubo en Londres
 o en Carabanchel Bajo;
 mas juzgarle modelo de humoristas,
 ¿me cuesta algún trabajo?)
 Conste, pues (y perdón si lo repito),
 que conmigo es injusto
 quien recuerda no más mis poesías
 tituladas: ¡*Qué gusto!*,
A una col, *A un pedicuro*, *A un nenúfar*
 o *A las tripas de un fraile*,
 y trabajos en prosa como ¡*Piscis!*
 o *El camello en el baile*.
 Eso no es humorismo, ¡qué narices!,
 declárole yo mismo;
 pero, en cambio, gran parte de mis obras
 destilan humorismo.
 Hay quien cree que humorismo es decir cosas,
 molestas a la gente,
 y hay quien cree que hacer chistes con insultos
 es cosa conveniente.
 Como a mí no me agradan tales cosas,
 quizás parezca ñoño;
 pero a ser *humorista* cuando quiero
 no hay quien me gane..., ¡*moño!*
 ¡Y yo le contradigo al que lo niegue,
 sobre que está a la vista
 que quien trabaja en BUEN HUMOR, no hay duda
 de que es buen humorista!

TITIRIMUNDILLO

— ¿De dónde vienes con la cabeza vendada?

— Del Ateneo. Chico, el ser intelectual me está arruinando a árnic.

— Pero ¿no es aquello científico y literario?

— Lo será; pero hay cada bronca científica, que descalabra.

— ¿Has leído el manifiesto de los tahoneros?

— No; pero me han dicho que tiene conceptos muy duros.

— ¿Duros? ¡Como si fuesen de la hornada anterior!

Una joven y bella turca, para escapar con su novio, cruzó el Bósforo en un bote.

Se ve que no era tonta. La tonta del bote, naturalmente.

— ¿Qué tal te va, Corina, con tu nuevo amor, ese presidente de Audiencia?

— Chica, ayer me armó una bronca atroz, diciendo que he gastado mucha luz.

— Entonces, no es presidente, como decías, sino contador. Por lo menos, de luz eléctrica.

Entre dibujantes.

— A mí lo que me molesta en los dibujos es encontrar un pie gracioso.

— Pues vete a Arniches o Muñoz Seca, y pídeles que te hagan un papel cómico.

Un periódico titula su artículo de fondo: Política de encrucijada.

No sabemos por qué; pero eso de la encrucijada nos huele mal.

¡Nos han olido así tantas!...

— De modo que sigue la campaña contra la langosta.

— Y cada vez más encarnizada. ¿No ves que no cesan los banquetes?

— El martes de Carnaval vi a Gutiérrez y no le reconocí.

— ¿Llevaba alguna careta puesta?

— No, su cara; pero lavada, y, ¡claro!, cualquiera le conoce.

La nueva bandera de Ucrania es un pez en fondo rojo y las iniciales U. S. S. R.

Pues deberían ser T. V. O.

¡Te veo, besugo!

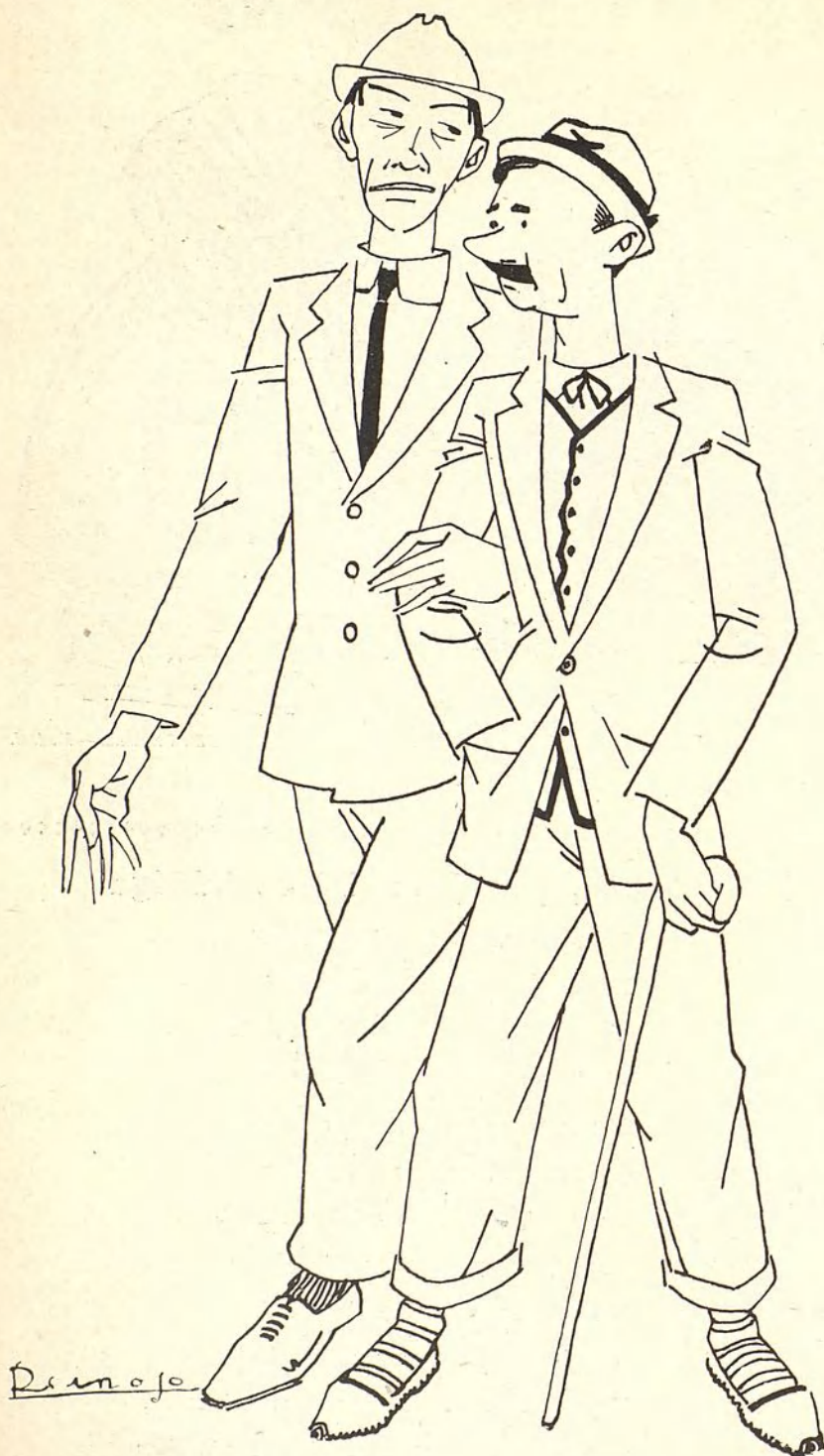
Suponiendo que el pez sea un besugo.

Y si no lo es, sirve la frase para aplicársela al Gobierno.

— ¡Las conquistas que hace Bartolo!

— Con esa cara, no se concibe.

— ¡Sí, hombre! ¡Usa Licor del Polo de Orive!

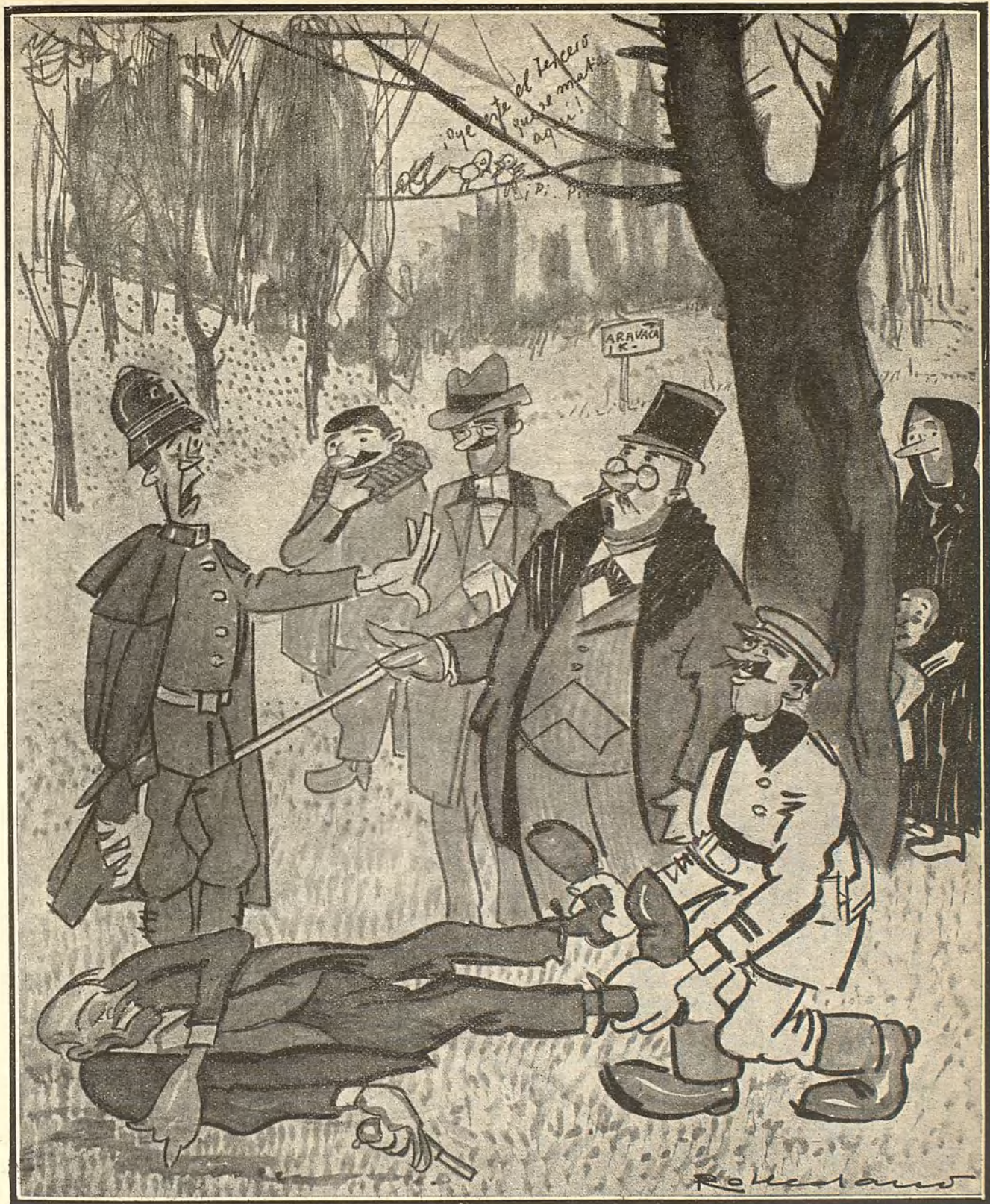


Dib. REINOSA. — París.

— Chico, por un número no me ha tocado la lotería.

— ¡Qué mala suertel... ¿Qué número jugabas?

— Ninguno; pero ha tocado en el número seis de la calle de la Ballesta, y yo vivo en el siete.



A BUEN JUEZ..., MEJOR TESTIGO

Dib. ROBLADANO. — Madrid.

— ¡Vamos guardia, ayúdeme a levantar el muerto!
 — Mire, señor juez, desde que a un primo mío le dieron pocas por levantar a otro en Parisiana, no hay quien me obligue a semejante cosa...

Ayuntamiento de Madrid

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

"BUEN HUMOR" SE HACE SOLO

Hay mucha gente que nos supondrá atareadísimos, constantemente ocupados en la confección del número en turno. Yo debo aclarar este erróneo concepto, aunque pese a mi reputación de hombre trabajador.

BUEN HUMOR se hace solo todas las semanas. Esto dista mucho de ser una paradoja. El director, como no tiene nada que dirigir, se limita a abrir delante de las visitas la correspondencia que el día antes hemos depositado los redactores por los estancos de Madrid.

La Administración no administra. El administrador pone una columna de duros encima de la mesa y se va a la calle. Cuando se acaban los duros, decimos que se ha cerrado la caja porque es la hora.

La dactilógrafa, Isabelita, en cambio, se pasa todo el día dándole al teclado de la máquina. Pero como no pone ningún papel en el rodillo, su trabajo resulta un poco estéril.

Nuestros ordenanzas, tenemos tres, Paco, Silverio y Dionisio, celebran largos conciliábulos en la pequeña cocina del inmueble, donde hay colgada una sarta de chorizos.

¿De quién son esos chorizos? ¡Nadie lo sabe! Sin duda se los dejó olvidados el inquilino anterior.

Hasta este punto puede que estén conformes nuestros lectores; pero dirán: «¿Y la imprenta? ¿Y la litografía? ¿Y el fotograbado?» ¡Ah! Nosotros no sabemos nada. Depositamos sobre una mesa los artículos y los dibujos recibidos. No sa-

bemos quién se los lleva de allí, ni qué hacen con ellos, hasta que se publican. Es inútil que vengan a preguntarnos por tal artículo o tal dibujo. No sabemos nada. Puede que haya en esto algo de magia.

Cuando los domingos se pone a la venta el número corriente, somos nosotros los primeros sorprendidos. La noche del sábado la pasamos en una penosa ansiedad. ¿Qué saldrá en el número de mañana?

Yo no escribo mis artículos, y, sin embargo, todas las semanas los veo publicados y con mi firma debajo. Me estoy haciendo la más cómoda de las reputaciones. Soy capaz de jurarlo.

Creo que otro tanto le sucederá a Polo, y a Sanchiz, y a Gómez de la Serna, y a Pérez Zúñiga. Nunca se lo he preguntado a ninguno, por miedo a que ellos no hubiesen querido responderme sinceramente.

K Hito es el único que un día me preguntó si era yo el que le hacía sus dibujos, precisamente el día en que yo iba a preguntarle si era él el que me hacía los artículos.

No puede el lector imaginarse nuestra reocupación. Barbero es el único que va a la imprenta casi todos los días. Los esfuerzos que hemos hecho por preguntarle qué es lo que hace en la imprenta, han sido inútiles. Dice que no hace nada; que sólo pasa a una nave donde hay muchos hombres con blusa azul metiendo los dedos en unos cajetines llenos de pedacitos de plomo.

— Pero ¿y la máquina? — le preguntamos los demás, ansiosos, cuando llega —. ¿Cómo es la máquina?

Entonces se queda perplejo y no sabe qué contestarnos. Echa la conversación para otro lado, y nos dice que en la imprenta hay también un señor en una habitación, leyendo cosas en voz alta, que tal vez sea un maniático.

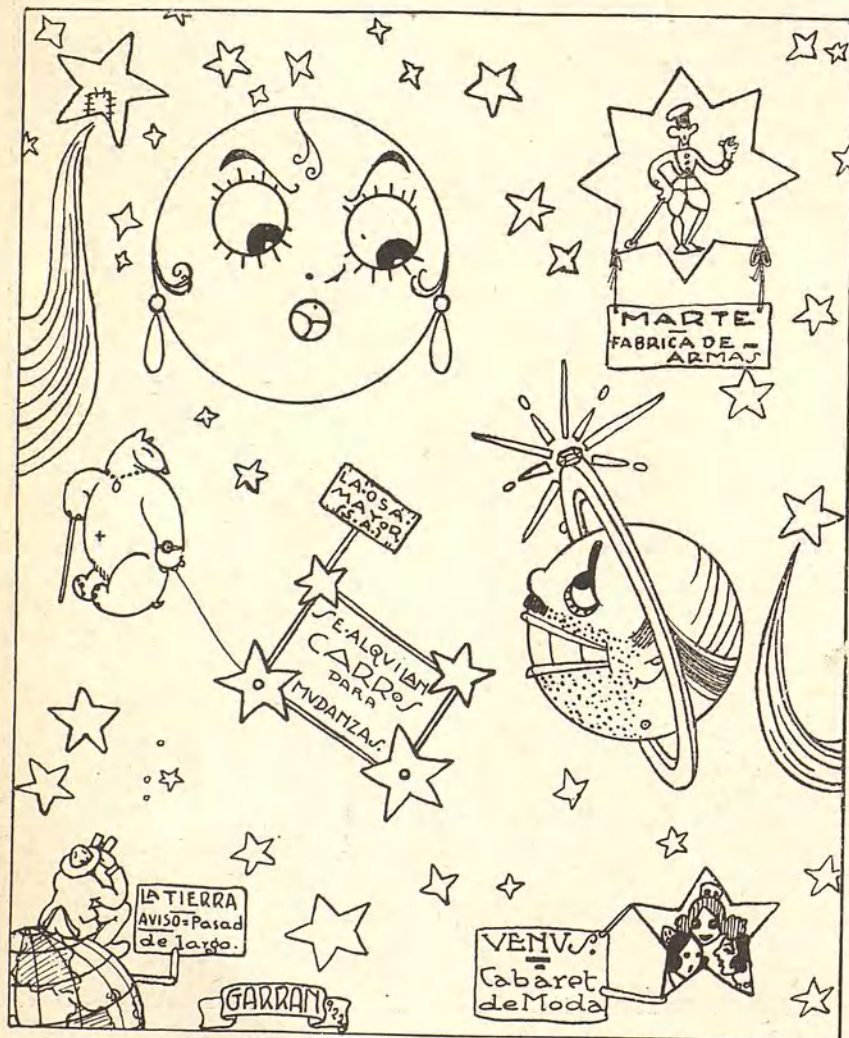
En vista de que no sabe explicarnos nada, nos hemos formado una idea de lo que aproximadamente debe de ser la máquina.

Será una máquina como todas las máquinas, con muchas ruedas, engranajes y tornillos. En lo alto tendrá un embudo grande. Por el embudo echará Barbero los papeles: artículos, dibujos, chistes, anuncios, jeroglíficos..., y echará a correr, porque la máquina, en cuanto reciba el original, empezará a funcionar a toda prisa, armando un ruido infernal.

Al día siguiente, la máquina echará por un lado los números terminados y por otro lado los originales que no juzgue publicables, ella sabrá por qué.

Es así como se hace BUEN HUMOR, aunque nos cause rubor el confesarlo. Teníamos el deber de hacerlo notar al público, pasando por el amargo trance de tener que hablar de nosotros mismos. El lector sabrá disculparnos.

José LÓPEZ RUBIO



Dib. GARRÁN. — Madrid.

LA LUNA, A SATURNO. — No te des tanto postín con tu anillo, que todavía me quedan a mi cuatro cuartos.

COSITAS ¡OH, QUÉ JEREZ!...

Era tan tacaño, tan tacaño, que cuando salía de la oficina al mismo tiempo que algún compañero, tomaba un coche de punto o una motocicleta por evitarse el peligro de tener que pagar dos billetes en el tranvía.

También — aunque ya esto no podemos asegurarlo — se decía frecuentemente, que cuando, por su edad, comenzó a quedarse calvo, se dedicó entusiásticamente a regar su redonda testa con petróleos regeneradores, aceites, etc., procurando por todos los medios la repoblación de su bosque capilar, no por lo antiestético y malsano de la calvicie, sino porque sufría un verdadero disgusto cuando iba a la peluquería y le cobraban los mismos dos reales que si hubiese tenido una hermosa cabellera.

Se llamaba Gumersindo Hernández de Pablo y Anasagasti, y de ello maldecía, porque pensaba, no del todo exento de razón, que, cobrando el mismo sueldo que su compañero Pío Ros, su trabajo al firmar la nómina era siete veces mayor.

Un día, cuando llegó al negociado, dijo a sus compañeros:

— ¡Me han regalado doce botellas de un Jerez exquisito! En mi vida he probado vino mejor. Es néctar puro. ¡Oh, qué Jerez!

Los compañeros le felicitaron efusivamente y le dirigieron un par de indirectas, encaminadas a expresarle sus deseos de saborear aquel caldo de los dioses, aquel líquido dorado, digno sólo de privilegiados paladares.

Nuestro tacaño, naturalmente, se desentendió de aquellas frases que dejaron caer sus compañeros administrativos.

Pocos días después, sin saber por qué, volvió a recaer de nuevo la conversación sobre las excelencias de aquel magnífico Jerez que habían regalado a don Gumersindo. Y los demás oficiales, y sobre todo Pío Ros, que gozaba con hacer rabiar a Hernández de Pablo, volvieron a expresar, ya menos veladamente, la conveniencia de llevar al negociado dos o tres botellas para que todos pudieran apreciar la bondad de aquel Jerez único en el mundo.

Pero don Gumersindo reiteró su determinación de mos-

trarse en aquel asunto como un verdadero y rubio hijo de la noroña Suecia.

Sucedió una semana sin que nadie volviese a hablar del magnífico Jerez. Pero he aquí que llegó el día primero de mes, el feliz día en que las nóminas se llenan de garabatos y rasgos, los bolsillos de monedas y las carteras de billetes. Pío Ros, derrochador como todo buen soltero que en algo se estime, mandó a un ordenanza por un kilo de pastas de la confitería más próxima. Y no contento con ello, llamó a otro subalterno y le dijo cariñosamente:

— Mira, Pérez, inclito y servicial Pérez: vas a llegarte en un momento a casa del señor Hernández de Pablo y entregas este papel a su señora. A cambio de él, algo te dará. Si es un bufido, te lo guardas para tu copiosísimo archivo. Pero si es algo más prosaico, como, por ejemplo, cuatro botellas con su líquido correspondiente, me las entregas sin que nadie se entere.

Un cuarto de hora después la señora de Hernández de Pablo recibió una misiva, al parecer escrita por su marido, y que decía así:

«Pichoncita mía: Entrega al portador cuatro botellas de la docena que nos han regalado. Se han puesto tan pelmas mis compañeros, que, a pesar de no gustarme estos dispendios, no tengo otro recurso, para que me dejen en paz, que convidarles con unas copitas. Tu Gumersindito.»

La señora de Hernández de Pablo quedó algo escamada y supuso que su marido sufría una crisis de desprendimiento, ya que cuatro botellas para los compañeros, y lo de «pichoncita mía» y «tu Gumersindito» para ella, constituía un gasto total que no había sido hecho por el señor Hernández de Pablo ni en el día venturoso y feliz de su ceremonia nupcial.

Media hora después, ya a las doce y cuarto, los compañeros gritaron a don Gumersindo:

— ¡Hernández de Pablo, venga usted, que vamos a darle una buena lección!... Ya que no quiere usted convidarnos, el amigo Ros ha comprado unas pastas y unas botellas de Jerez.

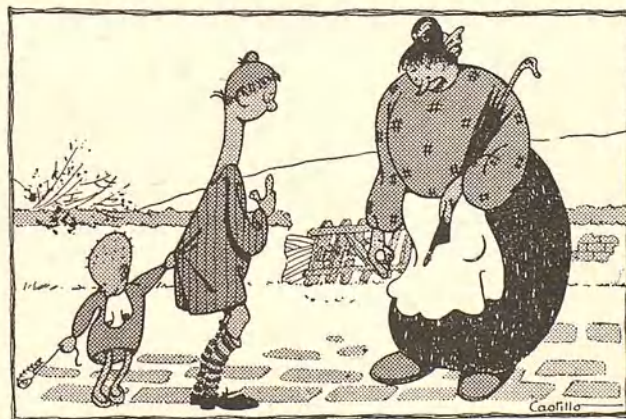
Don Gumersindo — ¿cómo no? — aceptó muy complacido el convite. Tomó tres pastas, y luego paladeó una copita.

— ¡Eh? ¿Qué tal? — le preguntó Ros.



Dib. TOMMY. — Barcelona.

- ¿A qué te dedicas ahora?
- Soy corredor de anuncios.
- Y ¿qué estás leyendo?
- Una obra de D'Annunzio.



Dib. CASTILLO. — Madrid.

- ¿Qué edad tiene ahora tu hermanito?
- No tiene más que tres años; pero es porque ha estado malito mucho tiempo, que si no, ya tendría diez o doce.

— ¡Buen vino, buen vino! — contestó el señor Hernández de Pablo mientras le llenaban de nuevo la copa.

— Seguramente, será como el que le regalaban a usted.

— ¡Hombre, no!... ¡Eso sí que no! Este es un buen vino; pero ¿cómo lo quieren ustedes comparar con el mío?... ¡Si es néctar, gloria, una divinidad el vinillo que me han regalado!... ¡Oh, qué Jerez!

Llegada ya la hora de la salida, don Gumersindo se dirigió a su casa tan orondo y satisfecho de aquel *tente en pie* que le había salido tan barato, tan barato...

Subió las escaleras y dió un timbrazo corto, muy corto, para no gastar la sal de la pila. Le abrieron. Dejó el flexible y el paraguas. Se lavó las manos con poca agua y menos jabón. Entró en el comedor.

Algo horroroso, tremendo e inaudito le diría allí su mujer mientras abría el aparador, en el que se notaba la falta de cuatro botellas; algo tan horrible y tan espantoso, que don Gumersindo faltó durante cuarenta días a la oficina por encontrarse en cama, víctima de una gravísima congestión...

ANTONIO GASCÓN

Cuentecillos de mi tierra NO QUERÍA LIOS

Pepillo *el de los Trompos* era uno de los pastores más inocentes y bonachones de la villa de Alora. Aunque ya había cumplido diez y ocho años, parecía en sus gustos y en su modo de ser un niño de diez. Todos los vecinos le daban bromas, algunas de mal género, y las aguantaba resignado, sin pelearse con nadie ni devolver aquellas malas pasadas con otras iguales.

Le llamaban Pepillo *el de los Trompos*, porque, en los tiempos en que todos los muchachos los preferían a otros juegos, Pepillo se entretenía en hacerlos, vendiéndolos a cinco céntimos, mientras en las tiendas costaban a diez.

Pepillo guardaba el ganado de un rico agricultor llamado don Benito, y por lo regular lo llevaba a pastar a las cercanías del Hacho, lugar que entonces pertenecía al común de vecinos de la villa.

En tanto que las cabras trepaban los riscos en busca de apetitosa hierba, o buscaban la sombra de los árboles para descansar, el bueno del pastor se dedicaba a fabricar los trompos, valiéndose de su navaja, o echaba una agradable

siesta en lo más alto del monte, despertando de cuando en cuando para ver si andaba por allí la pira o si divisaba algún sospechoso sujeto.

Cierta mañanita temprano del mes de diciembre, por cierto bastante fresca, encontrábase sentado sobre una roca, fijándose en la hermosa perspectiva de aquella vega sin rival, rebosante de naranjos y limoneros, cruzada por la plateada corriente del Guadalhorce y limitada por altas sierras que coronaban verdes olivos y almendros en flor, cuando vió venir por el camino adelante a Lorenzo, el hijo del veterinario, un guapo mozo, alto, robusto y dicharachero, y a su novia, la retbellísima Maruja, hija del aperador del cortijo de Zambranilla y una hembra que reunía todos los encantos. Parecían distraídos en grata conversación y sin cuidarse de nada de lo que a su alrededor pasase.

Pepillo, al verlos, se preguntó:

— ¿Adónde irán estos dos tortolicos tan temprano?

Los siguió con la vista y los vió entrar en el bosquecillo que formaban elevados árboles a uno de los lados del camino. Como el pastor era curioso, y además tenía ganas de mover las piernas, se levantó y se fué, recatándose lo posible, hacia el bosquecillo, entrando por el lado opuesto al de la pareja.

Se fijó en una encina muy alta que tenía copudas ramas y pensó que desde lo alto de ella podía ver mejor a los novios.

Dicho y hecho.

Con ligereza admirable se abrazó al tronco, cogió las ramas gruesas, escalándolas sin miedo alguno, y llegó a lo más alto del frondoso árbol.

Grande fué su sorpresa al ver que los jóvenes se dirigían hacia su observatorio, cogiditos de las manos y diciendo palabras que no entendía.

Lorenzo dijo a Maruja:

— Ven, vida mía, y vamos a sentarnos aquí, alejados de todo el mundo.

Maruja, con tono meloso, respondió: — Me sentaré; pero hazme el favor de no ponerte tan tonto como el otro día, y respétame. No se me ha olvidado el beso que me diste, y ya sabes que yo soy una muchacha honrada.

— Lo sé, y por eso, en cuanto salga de las quintas, te haré mi mujercita. Pero, ¡Marujilla mía!, un beso no tiene nada de particular.

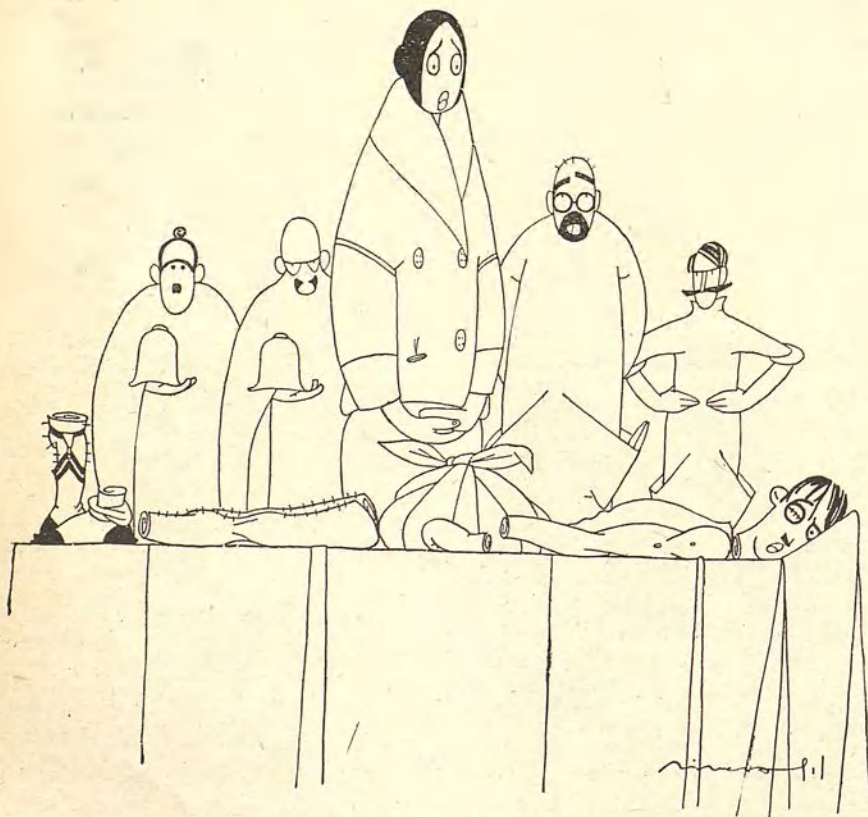
— ¡Vaya si tienes! No repitas hoy, porque no vuelvo a fiarme de ti.

— ¡Tontona! Eso no vale nada, y además, nadie nos ve.

— Nos ve quien puede castigarnos. El que lo ve todo. El que está en lo alto.

Al oír esto Pepillo, creyó que le habían visto, y asomando la cabeza entre las hojas, gritó, dando un susto a la amorosa pareja:

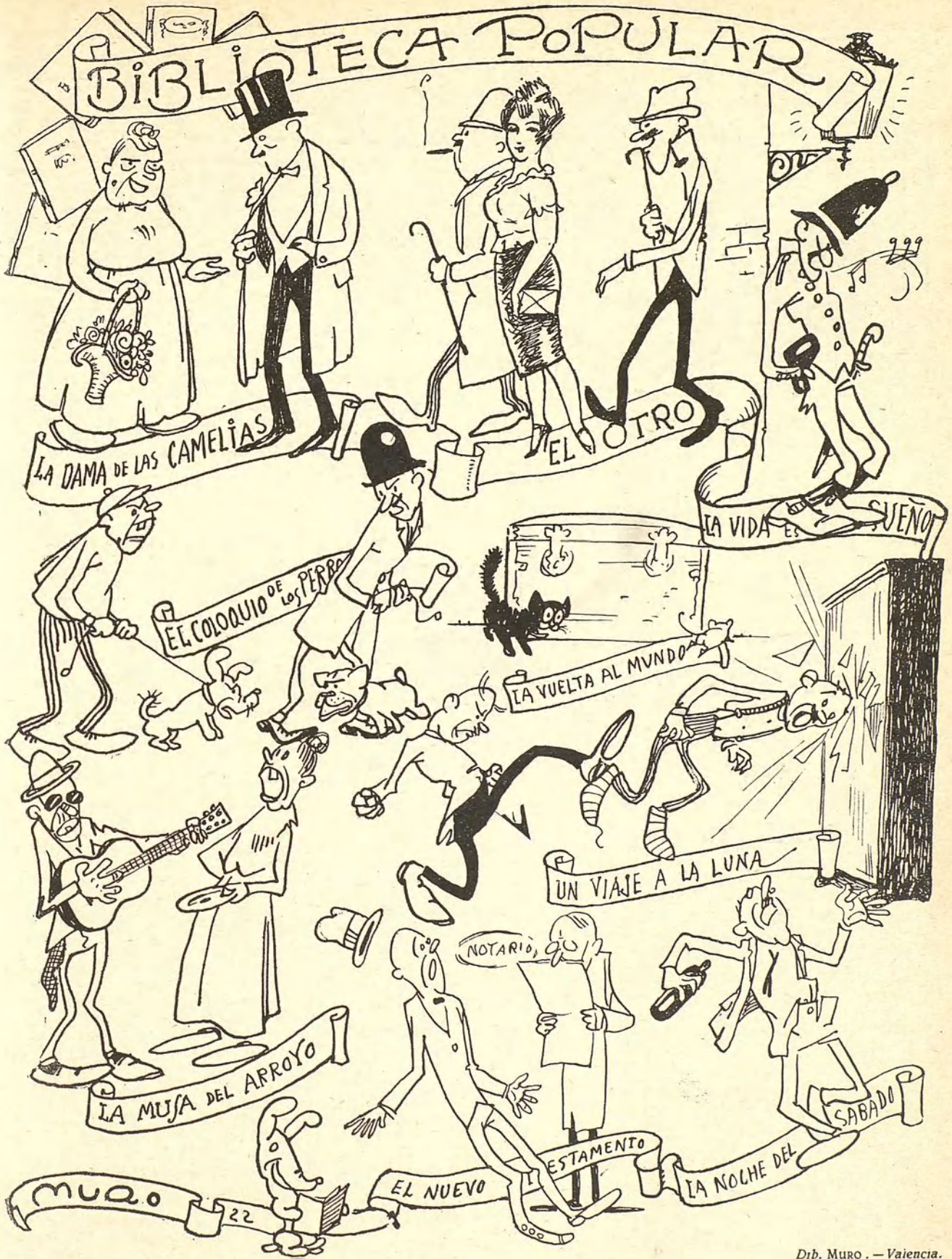
— ¡Eh! ¡Hagan el favor de no meterme en lios, que yo, aunque vea lo que vea, no le cuento nada a nadie!



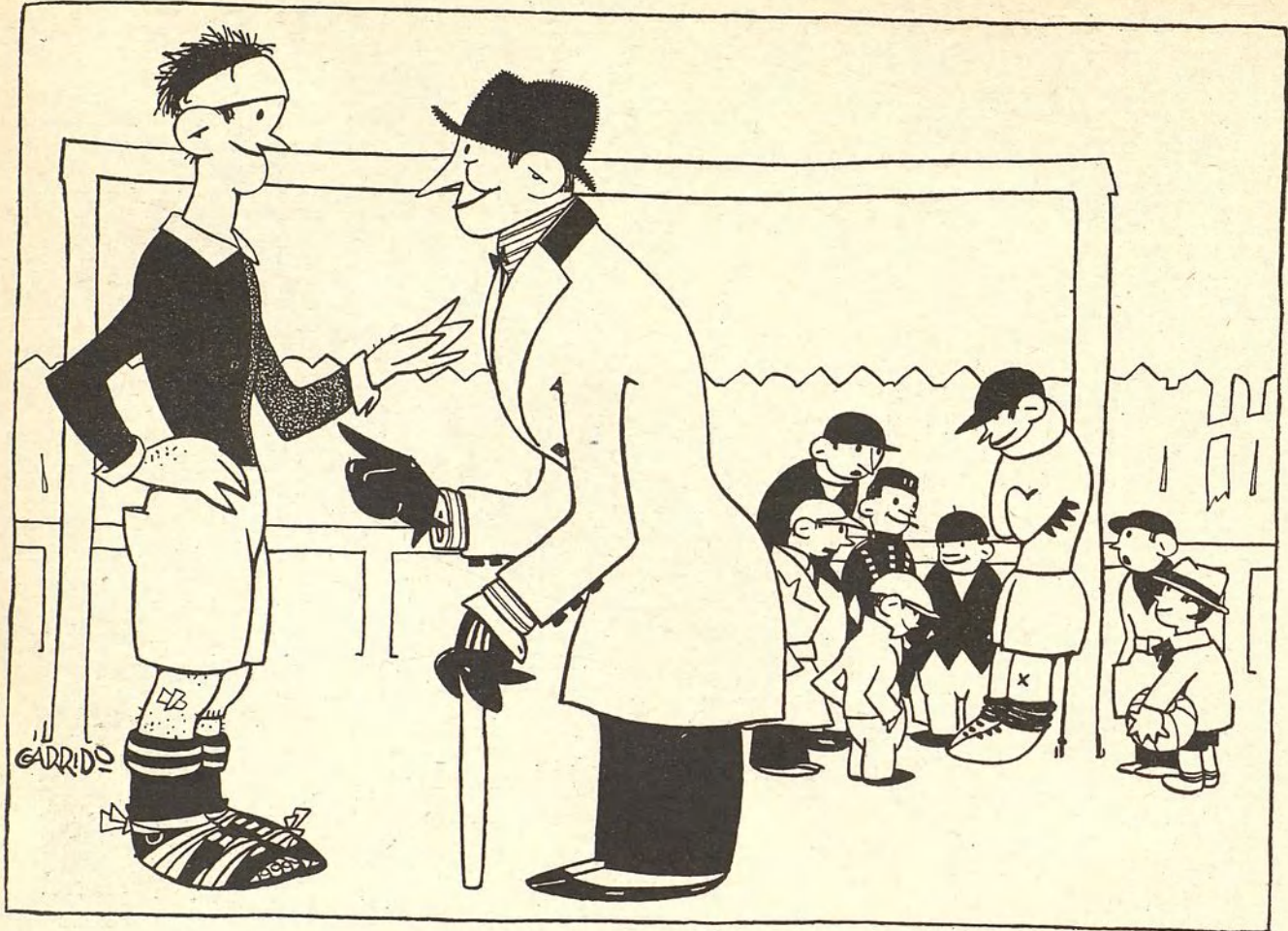
Dib. RIVERO GIL. — Melilla.

EL DESMENUZADO. — ¡Pérfida!... Ni siquiera se ha privao..., ¡y anoche, en el cine, me decía que se moría por mis pedazos!...

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR



Dib. MURO. — Valencia.



— ¿De modo que tú eres el que ha hecho los tres goles?
— Sí; y hubiera conseguido el cuarto si me hubiese ayudado el portero.

Dib. GARRIDO. — Madrid.

LA POLÍTICA PINTORESCA ASCENDER CUESTA MUCHO TRABAJO

Vimos el otro día a nuestro ilustre amigo D. Luis Silvela, ministro de Marina, y como tenemos por él verdadera debilidad, nos apresuramos a decirle:

— ¡Caramba, don Luis! ¡Cuánto hemos sentido que por fin no fuera usted de alto comisario a Marruecos!...

— ¡Pero, hombre — nos respondió —, si más bien merezco que me feliciten! ¡Pues menudo mochuelo iban a cargarme!

— De todas maneras, eso siempre era un ascenso.

— ¡Ay! ¡No lo crean ustedes! ¡Lo de ascender es difícilísimo para mí!

Entonces recordamos un pintoresco episodio de la vida política de D. Luis. Este, que en 1902, gobernando Sagasta, fué subsecretario de Gracia y Justicia y lo hizo muy bien, no volvió a tener cargo alguno hasta 1917, año en que le

nombraron alcalde de Madrid. Como su labor en el Municipio fué meritísima, le concedieron al poco tiempo la codiciada cartera de ministro. Primero fué a Instrucción Pública, y más tarde, en 1918, le destinaron a Gobernación.

El día que juró este último cargo le ocurrió a Silvela el gracioso lance que pasamos a relatar. Salió de Palacio y se dirigió al ministerio para tomar posesión en el acto. Cuando llegó al viejo caserón de la Puerta del Sol, el portero, obsequioso, le acompañó hasta el ascensor, entre zalemas y reverencias.

El nuevo ministro se metió en aquella especie de jaulita, y ésta comenzó a elevarse; pero, ¡oh desdicha!, antes de llegar al primer piso surgió una avería y el artefacto se detuvo. Al principio creyó don Luis que la interrupción duraría sólo unos minutos. Mas pasaron

cinco, diez y un cuarto de hora..., y el ascensor no se movía. Entonces, el señor Silvela entreabrió las puertas de la jaula y gritó:

— ¡Eh!... ¿Qué pasa aquí? ¿Es que no va a funcionar este chisme?

Ya comprenderá el lector el revuelo que se produjo en el Ministerio. Todo el personal de la casa acudió a la escalera. Desde el rellano, el ministro saliente daba ánimos a su sucesor...

— Tenga usted paciencia, mi querido amigo — le decía —, eso se arreglará en seguida.

— Si por algo me alegra el incidente, es porque así prolonga usted su estancia en el Ministerio —, replicaba Silvela, que es un hombre de mundo.

Como es natural, los electricistas acudieron presurosos a reparar la avería. Esta era más importante de lo que se creyó en un principio. El ascensor no podría funcionar menos en dos horas.

Todos los empleados del Ministerio, que estaban aguardando a ser presen-

tados al nuevo jefe, se habían agrupado en la escalera y contemplaban con asombrada curiosidad al Sr. Silvela, metido en aquel frágil armatoste de tablas y cristales. Ciertamente, D. Luis, con su uniforme, su espadín y su bicornio galoneado, parecía un maniquí expuesto en un escaparate.

Al pronto, la cosa se tomó a broma: «Es gracioso esto!» «¡Vaya, no se apure vucencia, que aquí estamos todos!...» «¡Estos chismes son muy antipáticos!...» «¡Pero la verdad es que se gana tiempo en ellos!...»

Luego la gente comenzó a aburrirse. Eran ya las tres de la tarde. El ministro saliente bostezaba sin ningún disimulo. Los jefes de sección apretaban las mandíbulas para no imitar al superior jerárquico. En cuanto a los empleadillos de menor categoría, se mordían los puños de pura hambre.

El Sr. Silvela quiso resolver la situación, y dijo desde su jaula:

— ¡Eal! ¡No esperen más por mí! ¡Váyanse, y no se molesten!

— Es que yo me voy de Madrid esta tarde — le insinuó desde el rellano el antecesor —, y quisiera hacerle las necesarias presentaciones.

— ¡Qué contrariedad!...
— Pero podemos hacerlas desde aquí...
Y, en efecto, el ministro dimisionario fué presentando al personal de un modo curiosísimo.

— Aquel de la barbita es don Millán Millán de Priego, jefe de la Sección de Orden Público... Aquel otro regordete y bajillo es don Fulano de Tal, encargado del negociado H...

Y así sucesivamente. A cada presentación, D. Luis agitaba una mano, porque, claro es, dentro del ascensor no se podía inclinar. No había bastante sitio... Por fin terminó la pintoresca escena. Se marchó el ministro saliente. Desfilaron los empleados. Hasta los porteros se fueron a almorzar. El excelente don Luis se quedó solo en el ascensor. Sentado en un peldaño, su fiel amigo Juan Alonso le daba ánimos. Y cuando no hubo más remedio que sacar al ministro de aquella jaula, descolgándole por el hueco de la escalera atado con unas cuerdas, el Sr. Silvela le decía a Juanito, mientras verificaba el poco airoso descenso:

— Desengañese usted, Alonso. A mí me ha costado siempre mucho trabajo ascender...

TARTARÍN

UN DRAMA

En un teatro de Nueva York se representa una obra que está obteniendo un éxito sin precedentes.

En el primer acto un muchacho de veinte años se ha enamorado locamente de una señorita que representa su misma edad.

En el segundo acto, al protagonista le han dicho que la que pasa por su novia es nada menos que la autora de sus días; y el pobre, hecho un verdadero churro, procura averiguar la terrible verdad, llegando al convencimiento, al final del acto, de que su desgracia es cierta.

En el tercero y último acto, el desenlace es de una enorme fuerza dramática.

— ¿Cómo es posible — dice el muchacho — que no haya notado, madre mía, la diferencia de edad que había entre nosotros?

— Muy sencillo — contesta la atribulada madre —: he recurrido a todos los secretos de mi tocador para conservar mi belleza y mi aparente juventud, sin pensar, ¡ay de mí!, que llegaría este caso...

— No es posible, madre. Me explico que te hayas teñido las canas, que emplearas crema para el cutis...; pero ¿y los dientes? ¿Qué has usado para los dientes, que conservan el encanto de la juventud?

— ¡Ah, tonto! — dice la madre al final de la obra —. Los dientes los conservo gracias a la pasta dentífrica Sanolán.

Y termina la obra en medio de una atronadora ovación.

Un número de BUEN HUMOR agotado

En esta Administración se pagará por todo número 15 de nuestra colección que se nos presente completo y limpio la cantidad de

UNA PESETA

Dominio del lenguaje

En el taller de bordado donde trabajaba Luisa, se presentó cierta tarde con un ojo hecho una birria, tan abultado y tan negro, que talmente parecía ser un sombrero de copa de ocho reflejos. La chica, llorando con desconsuelo, que verla daba fatiga, ante las muchas preguntas de oficiales y aprendizas, entre hipos y congojas, explicóse de esta guisa:

— Ya sabéis que yo me pirro por el arte de la Pina Menichelli y la Bertini, y que pa mí las películas son lo primero del mundo desde qu'era así de niña. Los martes voy al España; los jueves, a Maravillas; al X, lunes y viernes, y al Doré, los demás días

Pues bien: ayer vi a mi novio en la calle de Zurita, y de buenas a primeras va y me dijo, dice: «Luisa, a ti te s'ha'cabao ya el arte mudo, y t'olvidas de la oscuridá, o te dejo en penumbras vitalicias un ojo, el que más te guste: así qu'elige, mi vida.» Yo repliqué, disputemos y él m'endiñó una caricia, que tengo que guardar luto en este cliso. ¡¡Una piñal! Pero lo peor no es eso, ni lo que me duele, chicas, con dolerme un rato largo, sino que m'insultó encima... ¡y por mi afición al cine, me llamó el muy chulo cínica!

MARIO LEÓN

*Sus gustos son refinados.
No hay placer del que se prive.
Por eso, si se acatarra,
toma el Jarabe de Orive.*

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

Navarra. Pamplona. — ¡Psch! ¡Tiene tan poca importancia!...

Federico Komi (seudónimo). — Es de una puerilidad que atonta.

E. J. Madrid. — ¿Que qué me pasaba ¡Que he estado enfermo! Gracias por su interés.

F. J. P. Monforte.

EPIGRAMA

»Con la Lola, Sinforoso quiere casarse; un partido superior; pero afligido se encuentra, pues es cheposo. Mas su suegro al casamiento se opone con energía, y su esposa le decía: «¿No das tu consentimiento?» Y él, que es un hombre muy recto, contestó: «¡Lo que hago sé!... Me opongo, ¿sabes por qué? Porque es futuro imperfecto.»

¿Cree usted que hay alguien que no haya hecho ese chiste?

Antón Trijueque. — Se publicará.

F. R. y R. Madrid. — Lo que nos envía vale poco, y no le daría mucho nombre, que digamos.

Juan Pérez Llorca, del Tercio de Extranjeros, representación Ceuta, quiere una madrina de guerra. Si no la encuentra de guerra, seguramente la encontrará de emboscaje.

A. A. V. Madrid. — ¿Una imitación de Campoamor? ¿Como para que le asesinen a usted, hombre!

E. A. Madrid. — ¡Pues ya que tendría mal gusto su amigo, si le gustaba Pedro Mata!

Listo. — Muy tonto, según observamos.

M. I. M. de A. — No nos llega a tiempo su original poético de Carnaval.

E. R. C. Manicomio de... — (Ya que usted lo quiere!) Su apreciación es sabrosísima y ha llegado al propio interesado. Puede usted enviar lo que guste..., y veremos.

A. R. — No hace, ni con vocabulario.

Gorota. Barcelona. — ¿Dice usted que su soneto se adapta mucho al género literario de esta revista? En el único sitio que no desentonase sería en un almanaque.

E. S. Orense. — No sirven.

Fray Diablo. Madrid. — Ya sabemos qué hacer para espantarle a usted: ¡la señal de la cruz!

A. de las B. — Envíenos otras cosas menos incongruentes, ¿eh?

F. C. y J. P. G. B. Madrid. — Como primer ensayo, no está mal. No hay asunto, o, por lo menos, no hay desenlace. Se queda uno defraudado. Del *Caso de duda*, ni hablar. No hay duda ninguna: es una tontería.

E. S. y S. — Se ve en usted una legítima esperanza de la poesía didáctica española:

«MUÑECAS Y MUJERES

»Fabulilla.

»Una niña llamada Marabita tenía una muñeca muy bonita. Un día cayó al suelo la muñeca; se rompió la cabeza... ¡Estaba hueca!
»Marabita creció, fué una muchacha muy buena, muy discreta y vivaracha. Cuando veía una mujer hermosa y le hablaba coqueta y vanidosa, sin querer recordaba la muñeca de linda cara y de cabeza hueca.

»Moraleja.

»Al par que las muñecas, las mujeres son de cabeza a pies frágiles seres expuestos a quebrarse el mejor día. Cuando más arrogante en su belleza, más fácilmente pierden la cabeza...
... Por lo mismo que suele estar vacías..

Comentario al margen: Tenga cuidado el poeta de no caerse al suelo y romperse la cabeza. Sufriría una terrible desilusión.



LA LECTURA DE LA "GUÍA"

— ... Al Este la mirada abarca una vista magnífica sobre el monte Ventoso...

(De LAURENS, en Le Rire, de Paris.)

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial.

LOGROÑO

Ahí va otra poesía del Sr. Soto. Conste que los acentos, los puntos y las comas se los ponemos nosotros desinteresadamente.

«SER, O NO SER (¿QUÉ?)

»Procura ser un «Seré», aunque un «Soy» no seas hoy, pues un «Seré» ya se ve que llegaría a ser un «Soy». Vale más ser un «He sido» que un «Puede ser», cierto estoy. Que un «Puede ser» nada ha sido, y un «He sido» antes fué un «Soy.»

Comentario al margen: ¿Quiere el joven poeta que le digamos lo que ha sido, lo que es y lo que será?... No; más vale que no. Se va a enfadar.

Mister Carambita. Barcelona. — Decididamente, le tiene usted *fila* a la ortografía. ¿Qué es eso de *jimió, prové, plocamado, glanel, calle Nicolas Maria Rebero, Ceaceros* y otras tan peregrinamente divertidas? No le estaría de más ir un par de años a la escuela, no. Pruebe usted.

A. C. de J. — ¿Puede usted decirnos su nombre, para publicar su artículo *Caso clínico*, que tiene gracia?

Lucas. — Nos parece conocerle. ¿No es usted Lucas Gómez?...

F. E. de la H. Málaga. — Siga usted enviándonos cosas hasta que se le acabe el bloc, por lo menos. Esta cosa última del baño es mejor que las anteriores.

Figarito. Sevilla. — Mejora usted notablemente. Envíenos otras cosas.

Menipo. Madrid. — Usted llegará a hacer cosas buenas. Siga enviándonos.

Un Duende. Salamanca. — Hemos empezado a leer su artículo, a pesar de la letra piojosa que gasta usted. A la tercera tontería lo hemos dejado. Nos hemos saltado hasta el final. ¿Dice usted que se pegó un tiro? ¿Por qué no se lo pegó antes de escribir el artículo?

A. C. Madrid. — Esos sonetos clásicos no nos van. Envíenos eso otro que usted dice.

A. H. San Sebastián. — ¡Pero si eso no es nada!...

J. M. C. Puebla de Mena (Murcia). — ¡Oh! Usted será muy honrado; pero la capa no aparece, ni sus cuentos tienen gracia. Lo del sombrero de paja es lo que está un poquitín mejor, y ¡no es cosa de darlo en febrero!

A. G. Madrid. — Bien sé que está hecho con la originalísima idea de que caigamos sobre él. Pero se queda usted con las ganas. Al cesto, y punto en boca.

Antonio Cordero Valiente, de la segunda compañía del batallón expedicionario del Rey, número 1, de guarnición en Dardrius (Melilla), desea como madrina de guerra a una de las

simpatiquísimas lectoras de BUEN HUMOR. Tanto por su bondadoso y tierno apellido de Cordero como por el bélico de Valiente, se hace merecedor de una cariñosa madrinista.

Otro:

Juan Mellado, cabo de Intendencia automovilista de Tetuán, también quiere su madrina de guerra.

Cada día tenemos más solicitudes de madrinistas. ¿Es que da tan buen resultado? Vamos a tener que montar una oficina. No se da el caso de que ninguno nos escriba si la ha conseguido. Si te he visto..., no me acuerdo, ¿eh?

J. L. R. P. Madrid. — ¿R. I. P.? ¡H. J. K.!

R. D. Madrid. — Se prestaba a una cosa más cómica. ¿Quién se acuerda ya de Millán de Priego?

J. I. — No sirve.

M. R. C. Madrid. — El artículo es diluido, confuso y difuso. De eso de las tapas y de la colección completa..., lo mejor será que venga usted aquí a enterarse.

D'Acige. — Creemos ver en usted condiciones muy favorables. Haga otras cosas.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MAS SELECTOS. SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.



Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitosa perfume.

Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas.
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

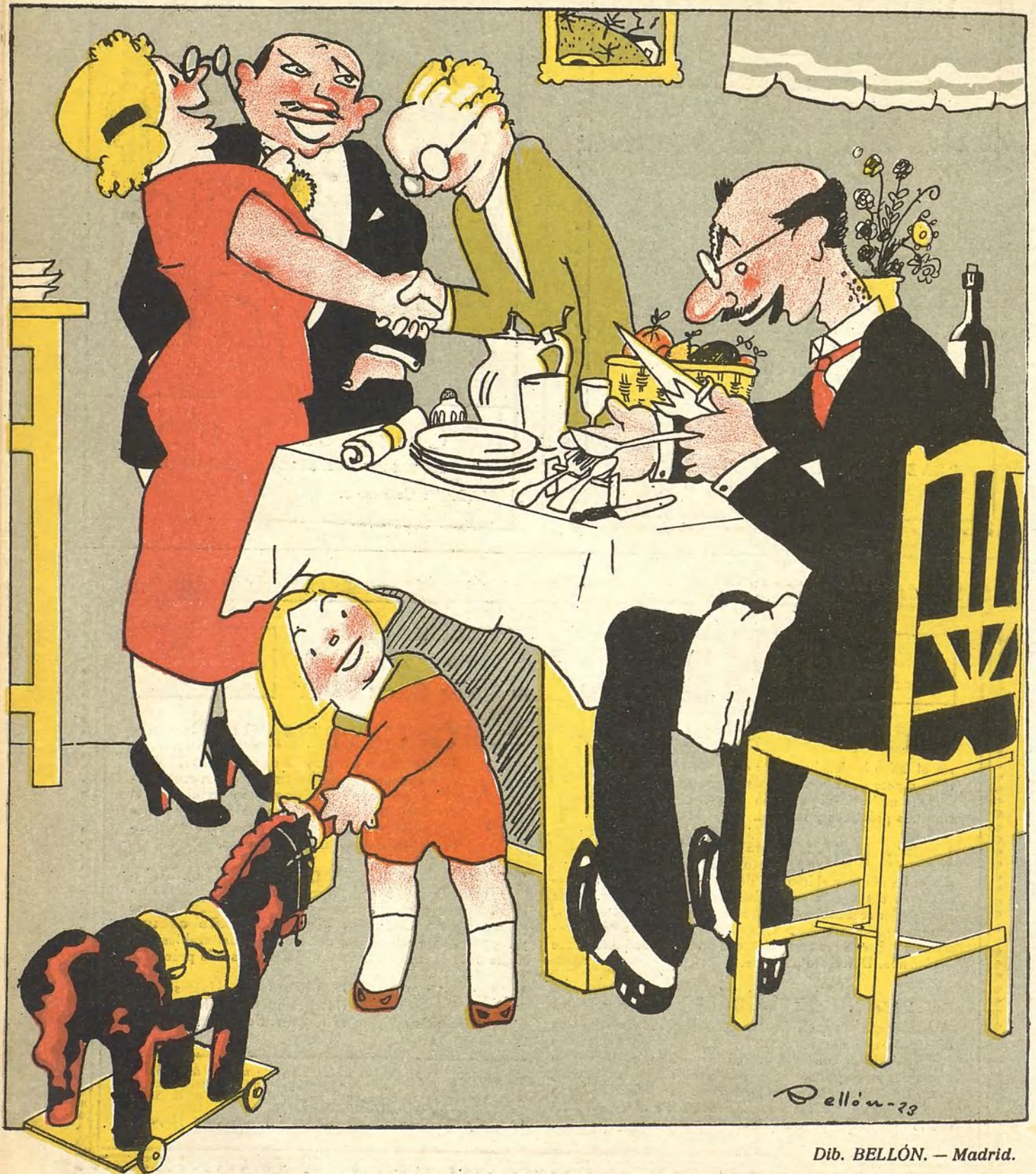
CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosa de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño oscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenté, Hermanos. — BADALONA (España).

BUEN HUMOR



Bellón-79

Dib. BELLÓN. — Madrid.

— Oye, riquín, ¿cómo es que los cubiertos no son iguales?
— ¡Es que como papá va a tantos banquetes!...